

Aunque no te pueda ver

Cloudie VS



*Aunque
no te pueda
ver*

SRT VALGREEN

Capítulo 1

Creo en el destino como un hilo fuerte pero imperceptible que te conecta con otra persona.

Creo que ese hilo se enreda con facilidad y por eso cometemos errores.

Creo también que existen personas que cortan su hilo y otras que tiran de él deseosas de encontrarse ya con la persona correcta, la indicada, para compartir su vida. Unos lloran porque no consiguen deshacer el nudo y otras disfrutan de ese suceso.

Soy una buscadora de historias.

Soy un alma hambrienta de encontrarme con una persona, de llegar a su vida (sin que lo sepa) y observarla por un tiempo.

Después de vagar sin rumbo buscando la persona indicada, la he encontrado.

Desde la distancia en la que me encuentro, casi rozando las nubes, me he sentido atraída por querer esta vez dedicar mi tiempo a vivir la historia en un lugar cerca del mar. Así que, sin más miramientos, me desplazo en picado hacia el inmenso océano. Casi al segundo, me encuentro esquivando olas e incluso barcos. La playa está repleta de gente pero tengo claro mi objetivo por lo que dejo atrás el mar y me dispongo a volar sobre las calles y edificios de aquel pueblo.

Al instante me detengo sobre una casa no muy grande. Tengo la sensación de que allí se encuentra una persona con la que me resultaría interesante acompañar e impregnarme de sus experiencias por un tiempo.

No lo dudo más y atravieso la pared.

Él no me ve, no lo hará nunca, tan solo soy un alma hambrienta de historias.

Entonces, al instante tengo la sensación de que la persona con la que está conectado su hilo está cerca de él. Puede que a kilómetros, pero sé que esta vez no será solo una historia.

El alma de un libro

Capítulo 2

Marc Heredia

Si alguien me pidiera describir con una palabra el pueblo donde vivo, no dudaría en decir: Sol.

Ya fuera invierno u otoño, las estaciones más frías, el sol casi nunca se escondía. Puede que fuera suerte, o no. Nunca había visto un copo de nieve, ni me había empapado por una lluvia torrencial. Ni siquiera tenía un paraguas en casa. Lo único que podría resguardarme de la lluvia eran las bolsas de basura, y no estoy demasiado convencido de ello. Pero mi padre siempre me decía: hijo, ¿sabes qué son los chubasqueros? Lo mismo que una bolsa de basura pero con forma de sudadera.

Puede que decir que vivo en un pueblo no es del todo cierto. Pero tampoco es una gran ciudad. Está repleto de urbanizaciones similares, ningún edificio de más de tres plantas, muchos comercios y demasiadas salas de ocio para todos los habitantes que vivimos aquí. Nunca creí que fuera necesario tantos locales de ese tipo. Realmente la gente disfrutaba mucho más sacando su perro al parque, paseando por la playa u observando el mar.

Vivía con mi padre en una casa de la urbanización, a pocos kilómetros del mar. Todas las casas eran similares pero por supuesto, en su interior se resguardaban personas que eran completamente únicas. De hecho, en aquel lugar era difícil encontrar a personas afines a ti. Todos se sumergían en su mundo, cerraban su círculo de amistades y realmente encontrar a personas que encajaran contigo era una tarea ardua.

Pero si existía algo en común que de alguna forma me uniera al resto de la gente, fue la muerte de mi madre.

Ella había fallecido hacía nueve años y debido a eso, cuidaba de mi padre la mayor parte del tiempo. Él estaba de lleno metido en la enfermedad de la depresión y yo era un curandero de pacotilla, ya que parecía que si no le cuidaba en base a sus adicciones, no era un hijo como debía ser.

Por lo que cuidar, en mi opinión, a veces parecía no ser cierto.

Los vecinos se volcaron con nosotros tras la reciente pérdida de mi madre, pero a los pocos meses fueron distanciándose hasta que la cercanía fue tan sólo de un saludo cordial. Pero no lo juzgaba. Más bien, lo

comprendía.

Todos debemos seguir con nuestras vidas.

-Sé perfectamente lo que quieres, papá -dije, poniendo los ojos en blanco.

-¡No, no lo sabes! Ayer me trajiste Amstel y yo quiero Heineken, te lo repetí una y otra vez.

-Es cerveza también. Pero, vale... te traeré la dichosa Amstel...

Los gritos de mi padre se oyeron, incluso, cuando estaba dentro del coche. Me reí cuando le escuché repetir "¡Heineken!" como si le fuera la vida en ello. Después su tos ronca le impidió seguir gritando.

Encendí la radio y salí a la carretera.

Una canción de Maroon 5 sonaba. Seguí con los dedos el ritmo de la música como si fuera yo quien la controlaba.

Aceleré y giré la calle.

-Muy buen tema de Maroon five, sí señor. He de decir que es una de mis canciones favoritas. Bueno amigos. Mientras disfrutábamos de la música ha llegado una mujer, se ha sentado a mi lado y está entusiasmada por hablar sobre algo. Esta mañana nos acompaña nuestra encantadora compañera Úrsula que nos hablará sobre... -hubo una pequeña pausa- ¿sobre qué era? (risas)

-Gracias por tus palabras y por la poca memoria que tienes (Más risas) Pues si amigos, como no habéis oído que ha dicho mi compañero, hoy vengo a hablaros sobre el amor (Abucheos y sonido de cristal rompiéndose)

-¿De verdad? ¿Sobre amor? ¡Son exactamente las nueve de la mañana! - más risas.

-En efecto. El amor mañanero. ¿Quién de vosotros hoy se ha levantado con alguien a quien ama junto a él?

-¿Pasamos palabra? -Muchas más risas.

Sentí el deseo de cambiar la emisora pero decidí continuar escuchándola. La verdad es que no era momento, ni hora idóneo para hablar sobre amor. ¿Cómo se les había ocurrido? Aunque en cierto modo, aquel tema podría ocurrírsele a cualquiera y no quedaba menor duda: cuando no quieres escuchar cierto tipo de cosas, porque te hace daño, sea como sea los astros se alinearán y tú como un tonto acabarás sufriendo porque no puedes esquivar lo que te rodea y más si buscas no encontrártelo.

Giré a la derecha y conduje de frente hacia el centro comercial.

Encontré aparcamiento fácilmente, cosa que me sorprendió ya que era sábado y siempre solía estar repleto de coches. Supongo, también, que era demasiado pronto. Pero mi padre cuando pedía una cerveza o lo hacías, o estaría recriminándotelo a lo largo de los días hasta que no conseguía lo que quería. Era una especie de niño grande. De niño repelente grande.

Bajé, me cercioré de que llevaba la cartera y cerré el coche. Tuve que ponerme las gafas de sol aunque la puerta del centro comercial estaba cerca, pero hacía un sol que quemaba la retina sin ni siquiera mirarlo. A demás la humedad del ambiente por vivir cerca de la costa no ayudaba para nada.

A mí no es que me gustara del todo el mar. Puede que vivir desde siempre aquí haya provocado que le tenga algo de repulsión, no lo sé. Pero estaba seguro de que era eso. Si no fuera porque tenía que cuidar de mi padre, ya me hubiera largado a alguna montaña perdida y disfrutaría una temporada solo. Estaba cansado del ajeteo de la sociedad. O puede, siendo sincero, que tan sólo necesitaba respirar en paz.

Las puertas se deslizaron hacia ambos lados para dejarme pasar, me coloqué las gafas de sol enganchadas en el cuello de la camiseta y me dirigí hacia la tienda donde siempre le compraba a mi padre sus dichas cervezas.

Como era de costumbre¹, más de uno no medía sus distancias y se chocaba conmigo. O era yo, que iba tan metido en mis propios pensamientos que no me apartaba.

-Buenos días Anabel, ¿cómo estás? –dije, mientras me acercaba al mostrador con la mejor sonrisa que podía.

Ella, una mujer de la edad de mi padre, se giró emocionada.

-Buenos días Marc, ¿lo mismo de siempre?

-Lo mismo de siempre. –repetí.

-No le gustó la broma de la Amstel, ¿verdad? –se le escapó una risita.

Colocó una caja de doce cervezas Heineken en el mostrador y se dirigió a por la segunda.

-Ahora sé que con mi padre y las cervezas no se juega.

Continuamos hablando un rato más. Anabel era una gran amiga de la familia. Exactamente de mi madre. Desde que murió, viene todos los días que puede a visitarnos pero a veces su trabajo se lo impide. Nos tiene un cariño especial, sobre todo desde que mi madre no está. Se preocupa, aunque sea quien vende cervezas a mi padre. Pero como ella dice y yo

también pienso: "Con lo que ha perdido, no podemos hacerle perder nada más."

Sabíamos que no era bueno y más al empeorar su salud en el último año. El médico le había aconsejado ir a un psicólogo y éste a un psiquiatra para intentar ayudarlo a superar la muerte de mi madre. Él se negaba y no quería hablar con nadie. Yo comprendía perfectamente cómo se debía sentir. Él muchas veces, cuando íbamos a la farmacia a por las pastillas para el insomnio, acababa discutiendo con la farmacéutica aunque ella no tuviera culpa ninguna. Mi padre le gritaba: "¡Un loquero no va hacer que mi mujer vuelva!" y yo, cogía las pastillas y tiraba de él hacia la salida.

Me despedí de Anabel y portando las dos cajas de cervezas en cada mano, salí del centro comercial bajo atentas miradas. Pensarán que soy un borracho o algo parecido. Pero sinceramente, me daba igual. E incluso, devolví la mirada acompañada de una sonrisa a dos ancianas que murmuraban entre ellas mientras me miraban como si fuera un criminal que acababa de escapar de la prisión.

El sol me cegó, pero continué caminando hacia el coche intentando que mi retina no se derritiera. Siempre hacía un calor de mil demonios y estaba deseando de una vez utilizar una bolsa de basura que me protegiera de un diluvio. Reí para mí al imaginarme aquella ridiculez.

Cuando me senté en el asiento, arranqué el motor y puse el aire acondicionado. Gloria bendita.

Observé las cajas de cerveza y no pude evitar sentirme culpable. Era como encender un cigarrillo a un enfermo de cáncer. Pero aún así, mi padre me lo ordenaba y yo, tal y como decía Anabel, no podía quitarle más ya que él había perdido suficiente.

La radio se encendió sola. Era la canción favorita de mi padre (qué casualidad). Sonaba *Pink Floyd – Wish you were here*.

Salí del aparcamiento mientras escuchaba aquella canción. No podía evitar pensar en mi padre con mi madre, juntos, escuchándola también. Se me hacía un nudo en el estómago.

How I wish you were here...

Giré la calle, con el corazón bombeándome deprisa. Odiaba sentirme así, pero ya comenzaba a acostumbrarme a ello.

Cómo me gustaría que estuvieras aquí...

Habían pasado nueve años desde que mi madre nos dejó y aún seguía tan viva en nuestro recuerdo que dolía. Era un dolor de esos que deseas no

dejar de sentir nunca porque eso significaría el olvido.

Torcí a la derecha hasta llegar a mi casa, pero no paré el motor hasta que la canción acabó.

Aunque sentía un pequeño pero profundo dolor en el pecho, respiré hondo, cogí las cajas de cerveza y fui hacia la puerta de la casa.

No se oía ningún ruido en el interior. Era extraño. Dejé las cervezas en el suelo y abrí la puerta.

-¿Papá?

No contestó.

Miré en el salón, la cocina y en las habitaciones. No estaba en ninguna parte.

Salí corriendo hacia el patio trasero. Allí tampoco estaba.

Sentía que no podía respirar.

Corrí de nuevo al interior de la casa, busqué el teléfono y marqué el suyo. Pero fue una tontería hacerlo porque su móvil se encontraba encima de la mesa del comedor. Colgué y me llevé las manos a la cabeza.

No podía perderle. No podría soportarlo de nuevo...

-¿Son Heineken?

Era la voz de mi padre que observaba las cajas de cerveza que había dejado en el porche. Sentí un tremendo alivio. Me dirigí hacia él y posé mi mano en su hombro. Deseé abrazarle con fuerza y estrujarle, pero era demasiado frágil y lo descarté. A demás, él me hubiera dado una buena colleja. Le incomodaban los abrazos y sólo recuerdo darle uno el día que mi madre murió.

-Si, viejo cascarrabias, lo son...

Me miró y no pudo evitar sonreír, aunque solo fuera elevando un poco las comisuras de sus labios. No lo hacía muy a menudo así que fue un privilegio observarle. Que te borren a la fuerza un simple gesto cómo aquel, debido a una gran pérdida, debía de doler demasiado. Pero cuando él te sonreía era inevitable no sentirte orgulloso, porque no lo hacía con cualquiera.

-¿Dónde estabas? No te encontraba...

-Hijo, ¿ya ni siquiera voy a poder ir al baño a gusto?

Vale. Perfecto. Era el único lugar donde no había mirado. Me reí y le di una palmadita en el brazo. Después cogí las cajas de cerveza y las guardé en la nevera.

-Tráeme una y sírvete también.

Por un momento había pensado que le había perdido y supe que realmente me sentiría totalmente solo. Era un dolor tan fuerte que temía sentirlo de nuevo. Siempre pensaba en que ojala las personas que quiero en mi vida nunca se vayan. Pero contra aquello ni yo ni nadie puede hacer nada. Ninguna persona es eterna, aunque la ames con todas tus fuerzas.

Me senté junto a él en el sofá. Encendió la tele y fue cambiando canales. Desesperándome.

-¿Quieres dejar uno ya? –di un trago a la cerveza mientras le observaba de reojo.

-¿Qué tal con Soraya?

Me sorprendió su pregunta tan directa y sobre todo, inesperada. Soraya y yo rompimos hace años. De hecho, fue el primero en enterarse.

-Sabes que acabó...

-Hijo, era una buena chica –me miró algo triste.

-Sólo era apariencia papá, en realidad era un pequeño demonio.

-¿La querías?

Volví a dar un trago.

-La querías. –afirmó.

No podía negar lo evidente. Claro que la quise, hasta que la vi besarse con otro. Aquel recuerdo me provocó ardores.

“Te aseguro que no entiendo cómo pudo hacerte eso” era lo que siempre me decía Jaime, cuando recordábamos ese momento.

Jaime era uno de mis mejores amigos. Le conocía desde que éramos pequeños y siempre habíamos estado juntos. Nuestras madres eran amigas, por lo que aún teníamos mucho más contacto.

Era un chico atractivo. No es que me fijara demasiado, pero las chicas sí y no dejaban de hacerlo. Aunque a mí también se me insinuaban, era Jaime quién solía llevarselas a la cama. Un don Juan, un rompecorazones...

Inexplicablemente su vida amorosa se reducía a algo muy simple para él.

-Sin complicaciones, ya sabes. Abre, cierra y a casa.

-Eres un bestia tío -le dije, sin evitar reír.

En realidad no era así. Todos tenemos esa parte que no queremos que salga a la luz y Jaime la tenía aunque dijera lo contrario. En el fondo, aunque no niego que seguro que echaba a las chicas así, a veces era él quién las llevaba a casa. Vamos, que por decirlo de alguna manera, empezaba a gustarle la chica pero no la volvía a ver. Nunca repetía con la misma. Era como un lema.

-¿Tu padre está mejor? -preguntó, mientras se encendía un cigarrillo.

-Tiene sus momentos, como siempre.

Jaime asintió y expulsó el humo. Después, con la mano que no sujetaba el cigarrillo se la pasó por su pelo rubio.

-Es un buen hombre....

En cuanto a Soraya, aparte de infiel, tuvo sus cosas buenas. Nos conocimos con dieciséis años, estuvimos juntos hasta los dieciocho. Fue mi primer amor y me costó superar la humillante ruptura.

Jaime siempre me decía que Soraya era un pequeño demonio, que yo no era el mismo estando con ella y que siempre me controlaba. Sabía cómo hacerlo. Me irritaba cuando me hablaba sobre temas carentes de importancia para cualquier ser humano con dos dedos de frente. No podía mantener una conversación interesante con ella.

El día que le presenté a mi padre. No supe donde meterme. Cuando hablaba con él era como otra persona. Simpática, educada, con una labia para cualquier tipo de tema que me dejaba boquiabierto. Yo la miraba como si fuera una desconocida y mi padre la miraba como si fuera un ángel caído del cielo.

-¿Qué te pasa? -me preguntó mientras expulsaba el humo del tabaco- estás un poco raro...

Estaba algo desanimado. Los de la radio hablando de amor, sentirte en el fondo un asesino pulcro llevando cervezas a tu padre todas las semanas, los recuerdos de mi madre constantes, Wish you were here y Soraya.

-Todo bien.

-¿Seguro?

-Si, de verdad, todo bien.

Era lo más fácil, supongo. Tampoco tenía ganas de hablar sobre el tema. Últimamente llevaba todo dentro y me había acostumbrado. Sabía que eso a la larga no era bueno pero no quería hacer un drama a nadie de mi vida, así que fingía que todo estaba bien y listo.

-¿Algún plan para esta noche?

Jaime no tardó ni dos segundos en sonreír de oreja a oreja.

-Qué bien que lo preguntes.

Le miré extrañado por su reacción.

-Esta noche Miguel da una fiesta en su casa.

Miguel vivía solo y desde que tenía dieciocho años recién cumplidos sus padres le pasaban una pensión bastante considerable. Ahora tenía veinticinco, no trabajaba y sólo se dedicaba a muscularse en el gimnasio y llevarse una chica distinta a su casa que además, era enorme y cómo no, carísima. Guardaba un Lamborghini Aventador junto a un Porsche Panamera que quitaban el hipo y la probabilidad de no volver a sufrir uno. Todo eso sin mover su asqueroso y musculoso culo.

Por supuesto, Miguel realizaba las mejores fiestas. Incluso avisaba con antelación y hablaba con los policías sobre ello. Era capaz, incluso, de convencer de que su fiesta era por una buena causa y que deberían dejarle hacerlo sin ningún tipo de molestia. Otras veces soltaba un fajo de billetes para que eso pasara.

Jaime y yo, íbamos a ir a la fiesta.

Cuando iba llegando la hora e iba oscureciendo, las calles se iban llenando de jóvenes dirigiéndose a la casa de Miguel. De hecho, en todas sus fiestas la mayor parte de la gente era de fuera, por lo que acababas conociendo a gente nueva.

Habíamos invitado también, a un amigo más: Omar. Le conocíamos desde hacía mucho tiempo y siempre podíamos contar con él para este tipo de cosas.

-No vengas tarde. -dijo mi padre, al ver que me despedía y me dirigía a la puerta para salir- ¡Ten cuidado!

Lo que yo desconocía totalmente, es que mi vida iba a cambiar

radicalmente esa noche.

Sonreí a mi padre antes de cerrar la puerta y dirigirme al Nissan Patrol que se encontraba aparcado frente a mi casa. Era enorme. Una gran máquina en la que, desde su interior, dos chicos se reían escandalosamente. Desde fuera se escuchaba el ruido de la música como si rebotara en mi cabeza y apenas entendiera nada. Era un sonido grave y difuso, pero cuando Omar bajó la ventanilla desde el asiento del copiloto, reconocí a Showtek.

Me reí pero inmediatamente le hice un gesto para que la bajara. Lo último que quería era poner nervioso y cabrear a mi padre.

-Vamos capullo, sube.

Así era él. Ese que te suelta lo que piensa aunque sepa que te va a molestar. En cierto modo yo lo prefiero así. Me mosquea, no lo niego, pero aunque lo odie sé que es sincero y eso me gusta de él. Algo insoportable, pero a la hora de la verdad siempre está cuando se le necesita.

También, después de once años, me he acostumbrado a él. Mi padre iba de caza con su padre y su tío. Yo me quedaba en su casa o él en la mía y pasábamos horas y horas jugando o imitando lo que deberían estar haciendo nuestros padres -cuando crecí lo repudí completamente-.

Omar en el colegio fue un niño muy desagradable. A él no podías hablarle mal, porque te dejaba por los suelos tanto verbal como físicamente. De hecho, nosotros nos conocimos en una pelea con once años. Estábamos jugando en el mismo parque. Yo con un grupo de amigos y él sólo. Supongo que por su temperamento no caía en gracia -lógico- pero por cierta razón, cuando le golpeé sin querer en la cara con el balón de fútbol mientras él arrancaba la hierba del césped con sus manos, se acercó a mí para devolverme el golpe. A parte del intenso dolor, sentí que aquel muchacho furioso y con la nariz sangrando iba a ser un amigo.

Fue algo extraño. No sé si él también se dio cuenta de eso, porque se quedó mirándome tirado en el suelo y al cabo de unos segundos, me tendió la mano y me ayudó a incorporarme.

Otro niño le hubiera tirado y le habría dejado la cara como un Picasso. Pero yo no lo hice y él no volvió a pegarme.

-No lo vuelvas a hacer, capullo.

Fue su primer insulto. A los once años no estaba nada mal para lo que después llegó a ser.

Subí rápido al coche y me senté en la parte trasera justo detrás de Omar. Le daría una colleja pero no quería comenzar una discusión, aunque divertida, dolorosa. Él siempre pasaba de insultar a pegar, aunque con nosotros ya eso era con algo de cariño por ser quiénes éramos.

No puedo decir que no sé porqué Omar no tiene novia. Él es un chico alto, fibroso más que fuerte y le gusta ir bien peinado y vestido. Es como un niño pijo, como Miguel, pero con muy mala leche. De hecho, ese es el problema. No hay chica que le soporte o es que él no las soporta a ellas. Una de dos. Yo me decanto por la primera opción.

Muchas ya le conocen y saben lo que él quiere y lo buscan solo para eso. Una relación rápida, de una noche. En eso se parecía mucho a Jaime.

-Esta noche sí -dijo, mientras giraba el volante a la izquierda asegurándose antes de que no hubiera ningún otro coche.
-¿Esta noche sí qué...? -añadió Omar, observándole con el ceño fruncido.
-Que esta noche, amigos míos, esta noche voy a hacer un trío.

Nos reímos muy fuerte. Jaime puso los ojos en blanco y siguió insistiendo en que esta noche sucedería eso. En realidad nos reíamos para ponerle de los nervios, pero sabíamos que lo conseguiría. En las fiestas de Miguel todo era posible.

Hace años, en una de sus fiestas, se le acercaron dos chicas muy sugerentes. Él era menor de edad y aunque desde siempre hubiese sido un chico atractivo y extrovertido con todo el mundo, mucho más con las chicas, cuando dos de ellas le pidieron hacer un trío a él se le revolvió el estómago de los nervios. Su cara fue como si de un momento a otro los ojos se le salieran de las órbitas y comenzara a llorar. Todos recordamos ese momento, aunque él siempre niegue lo que pasó.

Estábamos bastante animados. El altavoz retumbaba y teníamos, sobre todo, ganas de fiesta.

Poco a poco nos íbamos acercando a la casa de Miguel. La gente ya caminaba por la carretera y eso hacía que Jaime, aparte de cabrearse, no pudiera avanzar.

-Ahí hay un sitio -dijo Omar, señalando un hueco entre dos coches.
-Tío ahí no cabe ni de coña.

Jaime siguió avanzando, concentrado en evitar no atropellar a nadie. Aunque por otra parte tenía ganas de hacerlo, ya que estaba perdiendo la compostura.

Si toda esa multitud de gente se dirigía a casa de Miguel, iba a ser una

buena noche.

La casa de Miguel se encontraba en un vecindario normal. Las casas eran de dos plantas, no muy grandes, con un humilde patio trasero con piscina. Pero entonces, entre dos de esas casas, se encontraba la de Miguel. Una enorme vivienda similar a una mansión se alzaba grandiosa entre las demás. Parecía como si su casa fuera, como antiguamente, la del alcalde. Cuánto más grande más poder tenía y eso, en cierto modo, era así.

Me alucinaba ver como el vecindario parecía no existir cuando se celebraba la fiesta de Miguel. Era como si el barrio estuviese completamente vacío. Ningún vecino se asomaba por las ventanas ni había una luz encendida, como si la única casa que tenía vida fuera la de Miguel.

Por fin encontramos aparcamiento, aunque algo alejado de la fiesta.

Bajamos del coche, cogimos la bebida y nos dirigimos a la casa.

Esta vez la fiesta estaba a rebosar de gente que bailaba sin parar, bebía sin límites y se besaba apasionadamente en cada rincón.

Una chica se acercó a Jaime y le pasó un hielo de boca a boca. Ninguno nos asombramos, ya que era algo normal. Noté que Omar se sentía molesto por no haber sido él, ya que esa chica era verdaderamente atractiva.

Perdimos a Jaime por un instante, pero apareció con los labios rojos y una copa en la mano.

-Tío, tenemos alcohol. Si vas a beber de gratis que sepas que no te vamos a pagar tu parte. -gruñó Omar, que aún estaba molesto.

Jaime le lanzó un beso y eso provocó que Omar se enfureciera aún más.

-Qué idiota... -murmuró, mientras Jaime le pasaba el brazo por encima y se reía escandalosamente.

-Anda tonto...

Encontramos a Miguel en el sofá del salón. Éste era enorme, como toda su casa y daba incluso impresión. Estaba sentado junto a varias chicas que le miraban adorándole mientras le susurraban algo al oído y le acariciaban. Parecía un dios griego o algo por el estilo y aquellas chicas unas diosas.

-¡Qué pasa! -dijo Jaime, tendiéndole la mano amigablemente.

Miguel apartó cuidadosamente a las chicas y se inclinó, aún sentado, para

recibir el saludo.

-Ya os echaba en falta, ¿cómo va? -cogió la copa que le acercó la chica de su derecha y se la llevó a la boca mientras nos miraba de arriba a abajo.

Miguel era un tío majo. Aunque tenía aspecto de mafioso. Nos caía bien porque era un buen tipo. Era agradable con la gente y cuidaba a sus amigos como si fueran la familia que no tenía. Incluso a las chicas las trataba como reinas, pero claro, como él decía siempre: Amo a las mujeres que se hacen respetar y que no están siempre intentado que yo me fije en ellas. Pero también, no puedo evitar querer a las que lo hacen.

Él era así. Le gustaban las que no sabían quién era, las que se cruzaban por su lado y desconocían con quien se acababan de topar. Pero inevitablemente, quería a aquellas que sí se mostraban receptivas hacia él y le intentaban seducir. Está claro que debía quererlas también. Sería de locos no hacerlo.

Y ahora, como de costumbre, tenía a unas chicas preciosas que le deseaban. Aunque en cierto modo, ¿le deseaban a él o a su dinero? Ese era uno de los mayores problemas de ser rico. No saber si la gente de tu alrededor te quiere por lo que eres o por lo que tienes.

A Miguel eso dejó de importarle hace tiempo.

Cuando le conocí, no le tragué. Su actitud no pude masticarla bien, se me quedó hecha una bola en el esófago antes de llegar al estómago y provocarme la peor de las digestiones. Pero cuando fui conociéndole más, me di cuenta de que detrás de una fachada se escondía un chico con un corazón que no le cabía en el pecho. Leal a sus amigos y para él nosotros éramos uno de ellos.

-Ya sabéis... -volvió a acomodarse en el sofá y pasó sus brazos por detrás de las dos chicas que tenía a su lado. Ellas rieron coquetas y se acurrucaron en su pecho- estáis en vuestra casa.

Nos despedimos, pero tuvimos que detenernos ya que Jaime intentaba coquetear con una de las chicas que estaba con Miguel. Él se reía, mientras le decía que era un picha floja y que no perdiera el tiempo. Jaime no se molestó por el comentario, le contestó que al menos su picha aguantaba más que la de él y después, mientras las risas de las chicas sonaban escandalosas, Jaime volvió con nosotros.

Nos dirigimos al patio trasero. Bueno, no debería llamarlo patio. Ese término era demasiado poco y no representaba con exactitud lo que Miguel tenía en la parte trasera de su casa.

Un gran porche repleto de gente era lo primero que te encontrabas al salir. Más adelante, bajando unas escaleras, se encontraba una piscina del tamaño de la parcela de mi casa. Toda ella estaba iluminada tanto en el interior como por luces exteriores. Cerca de ella, había un bar al aire libre en el que Miguel había contratado a un barman.

Nos dirigimos hacia una de las mesas donde siempre empezábamos a beber. Era como algo típico en nosotros, incluso la mesa estaba libre aunque alrededor estuviese lleno de gente.

Había bastante buen ambiente. Jaime buscaba a chicas con las que poder hacer un trío y Omar mientras, se servía una copa con cara de pocos amigos.

-Mirad... -comentó Jaime, frotándose las manos.

Observamos cómo descendían por las escaleras dos chicas bastante atractivas. Una rubia y otra morena. Nunca las había visto por lo que observarlas fue un espectáculo.

-Ni de coña Jaime. Son demasiado para ti. -le dije, dándole varias palmaditas en el hombro como consuelo.

-Dos chicas solas en una fiesta, con unos vestiditos tan cortos y esas piernas... -Jaime puso los ojos en blanco.

-Tío das asco, para. -gruñó de nuevo Omar. - ni de coña se van a fijar en ti. Desprendes desesperación por cada poro y eso no les gusta. A demás, no parecen las típicas... sobre todo...

-La morena. -interrumpí yo, observándola mientras bebía de mi copa.

-Sí bueno, está buena pero yo me refería a la rubia.

-Pues yo me refiero a las dos... -finalizó Jaime.

Y cambiamos radicalmente de tema, sin antes mencionarle que no se subiera por las ramas. Que pensara en buscarse a otras chicas que desprendieran la misma, o más desesperación que él. Ya que realmente ellas nos habían llamado la atención a Omar y a mí.

Continuamos bebiendo y charlando sobre la última vez que estuvimos en la fiesta en la que Omar bebió tanto que se volvió amable con todo el mundo; otra en la que Jaime por poco se enrolla con un chico pensando que era una chica; en la que yo gané un juego de chupitos y dejé a todas las chicas en ropa interior...

-Hola.

Nos giramos sobresaltados, ya que estábamos tan concentrados en nuestra conversación que ni siquiera nos dimos cuenta de que la chica morena que hacía un rato estábamos observando, se encontraba detrás de Omar. Él era alto también y por suerte aquella chica no lo era más que

él. Era algo que le resultaba incómodo aunque había pocas probabilidades de que sucediera.

Omar se giró hacia ella extrañado mientras metía dos hielos torpemente en su vaso.

-Perdona ¿Te conozco? -preguntó, tal y como era él. Con un tono desagradable en su voz.

La chica sonrió y eso a Jaime y a mí nos descolocó. Seguro que Omar se sentía igual. Tenía la costumbre de ser borde con ellas para ver cómo reaccionaban. Algunas se daban la vuelta y se marchaban, le insultaban y a otras les resultaba atractivo.

Pero esta chica era diferente. Le sonrió de otra manera. Como si con ella no funcionara los comentarios de Omar.

-Tranquilo, sólo venía a pedirte hielos. No tenía intención de ligar contigo.

Omar se quedó boquiabierto. Jaime y yo nos miramos y no pudimos evitar reír. Supe que a Jaime le estaba costando no intervenir y ligársela, pero decidió ser un mero espectador.

-Bueno, si no me vas a dar -dijo señalando la bolsa de hielos- se lo pediré a tu amigo.

Entonces se dirigió a mí y me sonrió coqueta. Omar, que la miraba entre furioso y excitado, se apartó para dejarla acercarse a mí. Observé a Jaime de reojo abrir la boca y los ojos como si hubiera visto algo increíble. Supuse que se sorprendía de que aquella chica no se hubiera acercado a él.

-Hola -repitió con el mismo tono que había utilizado con Omar.

-Hola -respondí - sírvete.

Aquella chica me puso un poco nervioso por lo que di un trago a mi bebida. Ella no dejó de mirarme.

-Ya no quiero los hielos.

Me miró de arriba a abajo y se mordió el labio.

-Vale, perfecto.

Ella cada vez estaba más cerca de mí. Era una chica guapa. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta alta y las puntas lisas le caían hacia un lado. Tenía puesto un vestido rojo corto. Demasiado. Su piel era algo

pálida pero le daba un toque perfecto.

-¿Qué te apetece entonces? –pregunté, intentando tragar saliva.

Ella sonrió y pareció sonrojarse un poco.

-Bueno... podemos ir a un lugar más tranquilo.

Se acarició las puntas del pelo.

Miré a los chicos. Omar ya se había bebido un vaso e iba a por el siguiente mientras contemplaba la escena algo furioso. Siempre le pasaba igual. Cuando no era él el centro de atención, se enfurruñaba como un crío.

Jaime se reía de la situación y sobre todo de la reacción que Omar estaba teniendo.

Volví la mirada a la chica que esperaba una respuesta.

-Está bien. –acepté.

Ella sonrió mostrándome sus dientes perfectamente alineados y pasó a mi lado posando su mano sobre mi vientre, acariciándome.

La seguí, sin antes despedirme de Jaime y Omar sacando el dedo corazón. Omar susurró un ligero: será cabrón... y Jaime comenzó a hacer gestos moviendo su cadera como si estuviera manteniendo sexo con una chica invisible. Me reí en silencio, para evitar que la chica se molestara.

Volví la vista hacia ella. Se contoneaba y sabía perfectamente que yo la observaba. Giró detrás del bar y continuó andando. Se encontraba varios pasos delante de mí y se movía seduciéndome. De vez en cuando se giraba un poco para cerciorarse de que yo no me iba a ninguna parte y lo que ella no sabía es que no estaba entre mis planes hacerlo.

Llegamos a un pequeño espacio en el que había tan sólo un banco de piedra frente a una fuente. El lugar estaba lo suficientemente lejos de la casa como para sentir algo de intimidad. La música ya no sonaba tan fuerte y la chica se acercó a mí, cogió la copa que sujetaba, dio un trago y la dejó en el banco que se encontraba a nuestra derecha. Después posó su mano sobre mi pecho.

-No quiero saber tu nombre, ni tu edad, ni qué color te gusta. Ni tú comida favorita...

Alzó la mirada hacia mí y por un momento vi algo en ellos. Algo que hizo

sentirme nervioso.

-¿Qué es lo que quieres entonces? -dije, observándola como si no existiera nada más en aquel momento.

Yo lo sabía perfectamente pero quería escucharlo de ella.

-Te he visto, me has gustado y me apetece enrollarme contigo.

Era bastante directa...

-Veo que no pierdes el tiempo.

Hizo una mueca y me observó mientras yo me sentaba en el banco.

Ella se acercó y se sentó, abriéndose de piernas, encima de mí.

-Al menos déjame que...

Me interrumpió posando su dedo índice sobre mis labios.

No conocía de nada a esta chica. No sabía su nombre aunque en cierto modo tampoco importaba. Aunque me moría por saberlo.

Se inclinó hacia mí mientras se movía en círculos y nos besamos. Sentía que su respiración se agitaba por momentos y yo comenzaba a sentir que me descontrolaba. Que no era capaz de mantener mis manos quietas y éstas viajaron por debajo de su vestido.

Cada vez sus movimientos eran más rápidos e incluso me agarraba del pelo sin separar sus labios de los míos.

De repente se levantó. Se puso delante de mí y se colocó el vestido.

-¿Qué haces? -pregunté, intentado comprender qué había pasado.

Ella me miró de una forma extraña. Como si lo que acababa de suceder estuviera mal y se hubiera dado cuenta en aquel momento.

-Lo siento. Tengo que irme.

Cuando quise darme cuenta aquella chica se había alejado y me había dejado solo. Pero también, para mi sorpresa, aquella chica me había llamado tanto la atención que no pude evitar pensar en ella durante toda la fiesta. Me sentía estúpido con una chica rondándome los pensamientos. No me gustaba sentirme así porque no me traía buenos recuerdos.

En el momento que la había visto había sentido que era diferente. Supongo que fue por la contestación a Omar o por lo atrevida que fue después conmigo.

Necesitaba volver a verla, pero no ocurrió.

Al final de la noche, Jaime consiguió a dos chicas para hacer un trío. No eran muy atractivas pero supongo que al llevar un par de copas de más, no se habría fijado.

-No sé ni cómo se la va a levantar -dijo Omar, después de dejar de besar a la chica rubia de pelo largo y rizado, que tenía al lado.

Entonces me di cuenta de que se trataba de la amiga de la chica del vestido rojo, con la que acababa de pasar el momento más extraño y excitante desde hacía mucho tiempo.

Estábamos en el salón. Quedaba una hora para que amaneciera y ya no había tanta gente en la fiesta.

-Al menos ha conseguido lo que venía buscando -dije, sin evitar pensar de nuevo en la chica.

Omar y Jaime sabían lo que había sucedido. Principalmente, porque no tardé demasiado en volver. Omar reía con suficiencia y eso me molestó, por lo que se lo hice saber fulminándole con la mirada. En cambio, Jaime, mencionó que sería una estirada y que no me comiera más la cabeza. Que si quería esta noche podía llevarme a todas las chicas que quisiera a la cama, pero lo que no sabía él es que yo no dejaba de pensar en ella.

-Aún tienes tiempo... -dijo Miguel, señalando a las chicas que se encontraban en la habitación.

Una de ellas se acercó a mí y se acomodó a mi lado.

-¿Te apetece? -dijo, colocando su mano sobre mi pierna. Comenzó a acariciarme.

En otra situación yo hubiese accedido encantado. Incluso lo hubiera hecho allí mismo. Tenía unas ganas inmensas y más sintiendo la mano de aquella chica cada vez más cerca de mí entrepierna. Pero yo no estaba receptivo. No es que la chica no me gustara, era guapísima, como la mayoría de las amigas de Miguel, pero yo no tenía ganas. No con ella.

Lo más agradable que pude, le dije que no. Ella no pareció molesta. Se quedó allí a mi lado mientras observábamos a nuestros amigos.

Omar acabó subiendo con la chica a una de las habitaciones y cuando comencé a observar que las que rodeaban a Miguel se ponían muy cariñosas con él, decidí marcharme de la fiesta. Sabía perfectamente lo que acabaría ocurriendo y no estaba entre mis planes ser un espectador.

Se me hizo pesado volver a casa. Hacía frío y aunque no bebí mucho, no me encontraba del todo bien. Tenía una extraña sensación, como de vacío, por lo que decidí comenzar a correr para entrar en calor, evadirme un poco de esos pensamientos y llegar antes a casa.

Estaba amaneciendo, las calles estaban vacías y algunas personas salían de sus casas para ir a trabajar. Yo había dejado los estudios y trabajaba en el negocio que mis padres abrieron. Se trataba de una zona chill-out en la que podías tanto leer, ver una película o escuchar música. Para ello había diferentes zonas separadas entre sí. Se llamaba BooksN'Coffee.

El lugar siempre había tenido éxito y lo seguía teniendo, por lo que no resultó un error salir de los estudios. Bueno, en cierto modo sí, pero de todas maneras estaba planeando compaginarlo con el trabajo pero de momento no tenía tiempo para hacerlo. Necesitaba contratar a alguien para que me ayudara pero nadie daba el perfil. Absolutamente nadie y está claro que no podía dejar el negocio en manos de alguien que no me transmitiera confianza.

Por fin llegué a casa. En cuanto entré no pude evitar sentirme mejor. Fui hacia mi habitación intentando no armar mucho escándalo.

Lo último que se me pasó por la cabeza antes de dormir fue la chica atrevida del vestido rojo.

Capítulo 3

Carla Requena

Escribo y me evado. Me evado e intento pensar en que todo puede salir mejor. Mi mente está abarrotada de palabras que necesitan encontrarse con otras para tener la coherencia que mi vida no tiene.

Me llevo el bolígrafo a la boca y lo muerdo débilmente con algo de rabia, pero me contengo. Necesito esa inspiración que no llega. Lo odio.

El café se está quedando frío y me da igual. Lo que me importa es que no consigo encontrarme a mí misma ni a lo que quiero reflejar en el papel que siento que me observa retándome.

La cafetería no está muy llena por lo que es un punto positivo. En mi casa no me concentro, ni en la biblioteca donde te aseguran un silencio que al fin y al cabo, no existe. Como soy una apasionada al café, decidí experimentar cómo sería escribir en un lugar donde ese olor se respira en el ambiente y en el paladar.

Y resultó. De hecho, observar a las personas que entraban por la puerta creaba en mí la mejor inspiración que nunca había experimentado.

Mi historia no trataba sobre amor, porque no sabía cómo representarlo. Nunca había conseguido sentirlo por lo que no podía, no debía, escribir sobre ello. Lo único que si podría hacer era especular sobre su significado pero aún así no llegaría a nada.

Había tenido una relación reciente que me había destrozado más que reconfortado y creo que ese fue el foco de mi rabia hacia todo lo relacionado con amar a un hombre.

Pensaba una y mil veces que si lo que viví era amor, no quería volver a sentirlo.

No fue una relación duradera, es más, no sé exactamente cuánto duró pero fue suficiente como para saber que me mantendría alejada de las relaciones durante mucho tiempo.

Le quise de una forma que no estaba segura de si era así como se debería hacer. Creí que era demasiado doloroso. Me gustaba físicamente y podría decir que también su personalidad, pero no estaba segura. Era un chico demasiado cariñoso y no sólo conmigo, sino con cualquier chica que se cruzase con él. Intentaba ponerme celosa y actuaba como un crío. Pero irremediabilmente, yo me mantenía en una cuerda floja que estaba a

punto de romperse.

Llegó un momento en la relación que supuse que no me quería y fue ahí cuando él decidió terminar. Lo hizo de la forma más cruel en la que se puede dejar a alguien. De la manera más asquerosa que se puede tratar a una persona.

Me ignoró.

De un día para otro, actuaba como si no me conociera. Como si nunca hubiera estado conmigo. Me acabó volviendo loca su actitud y descargué toda la rabia e impotencia en los libros que posteriormente escribí.

Fue un cobarde. Un asqueroso cobarde que no tuvo la valentía de decirme a la cara que ya había terminado todo. Que no quería estar conmigo. Pero no, tuvo que actuar como un niño y provocarme durante muchos años utilizando a otras chicas.

Fui una más, pero ellas también acabarían siéndolo y para mi sorpresa, sentía lástima por ellas. Él era un niño que le gustaba utilizar a las mujeres y sentirse superior a ellas.

Espero que algún día una mujer le dé de su propia medicina.

Por ello, nunca hablaba sobre el amor porque no sabía qué era. Me negaba a pensar que era lo que había vivido.

Bueno, debería dejar de pensarlo.

Me gustaba comenzar con un solo personaje. Moldearlo a mi manera y crear tanto física como psicológicamente un perfil que rozase la realidad. Enamorarle de todo lo que le rodeaba, que fuera como a mí me gustaría ser y que pudiera estar en todos los lugares del mundo a los que yo deseaba ir.

Tengo la teoría de que nací con la afición por la escritura. Que no me hice aficionada porque mis padres fueran escritores o vivieran rodeados de libros, si no todo lo contrario. Ellos no leían ni tomaban café.

Tenía tan solo cinco años cuando paseando con mi madre, corrí hacia un escaparate de una cafetería. Posé mis manos pequeñas en él y me acerqué tanto que empañé el cristal con el aire de mi nariz.

Recuerdo que al cabo de unos segundos, la puerta de la cafetería se abrió y una mujer de la edad de mi madre nos saludó.

-Buenas tardes. He visto que su hija está interesada en ese libro tan

colorido, ¿verdad?

Era una mujer guapísima. Recuerdo perfectamente sus ojos claros y su boca fina que dibujaba a la perfección una gran sonrisa.

-Si, le gusta mucho los libros. Pero...

-¿Queréis pasar? Su hija podrá quedarse en la zona de los libros y usted puede tomar un café o ver una película.

Miré a mi madre y estaba incómoda. Me miraba y luego se llevaba las manos al vientre. Era su manera de decir que se sentía abochornada por la situación.

-Pero es que...

-No se preocupe por eso -dijo tendiéndome la mano y guiñando el ojo a mi madre- pueden quedarse el tiempo que deseen.

Creo que ese momento fue el que escogió mi destino para que mi mente comenzara a volar y cuando quise agradecersele a aquella mujer, la luz de la vida se había apagado para ella.

Hasta que no cumplí la mayoría de edad la situación en mi casa, económicamente, no mejoró. Mi padre comenzó a trabajar en la construcción y mi madre estaba en paro por lo que se ocupaba de la casa. Al menos, ahora, si podíamos vivir dignamente y también comprar algunos libros que sólo leía yo.

Comencé a escribir con once años y ganaba casi todos los concursos a los que me presentaba. Eso también, comenzó a abrirme camino y ahora ganaba algo de dinero con las publicaciones de mis libros.

Yo nunca imaginé que el nombre de Carla Requena llegase a terminar escrito en la portada de un libro y menos, compartiendo espacio con muchos más.

Bebí el café que se había quedado frío y apoyé el bolígrafo sobre la mesa. Por hoy dejaría de escribir. De hecho, una de mis reglas era: Nunca se debe escribir forzosamente.

Guardé el cuaderno y el bolígrafo en el bolso que siempre utilizaba para ello y me dirigí con el vaso de café en la mano para entregárselo al camarero.

-¿Ha habido suerte esta vez? -dijo, sonriéndome cordialmente.

Santiago, que así se llamaba, siempre me preguntaba lo mismo. No me incomodaba, de hecho, me gustaba. Pero cuando no había ido bien se me

hacía un poco pesado.

Él había comprado todos mis libros desde que supo que los publicaba y desde ese momento siempre estaba atento a mí. Alguna que otra vez me había agradecido que escogiera su cafetería para escribir partes de mis historias.

-Hoy no es mi día -le devolví la sonrisa y me marché.

Solía quedarme charlando con él pero hoy no me encontraba lo suficientemente animada para ello. Después de lo ocurrido hacía unos días, mi mente estaba algo confusa.

Fue de locos presentarme en esa fiesta. Bueno, Marina me convenció durante horas e incluso tuvimos una charla mientras íbamos a comprar algo para esa noche.

-Tienes que dejar de sentir tanto odio hacia los chicos. Héctor fue un completo capullo pero no todos son iguales -dijo, mientras contemplaba unos tacones negros con una gran plataforma.

-De momento no está en mis planes eso de chicos.

Rebusqué entre varios vestidos colgados en perchas. Cogí uno azul eléctrico y me lo acerqué al cuerpo mientras me contemplaba en el espejo.

-También puedes divertirte...

Volví la mirada hacia Marina y fruncí el ceño.

-¿Qué quieres decir?

-Lo sabes perfectamente...

Comenzó a reírse y me ofreció un vestido rojo. Era precioso. Sencillo, pero elegante.

Dejé el vestido que tenía en mis manos y cogí el que Marina me tendía.

-Esta noche intenta conocer a alguien.

-No quiero.

Me miró fulminándome.

-No seas boba. Pruébate el vestido y dime si con él no vas a ser una rompecorazones.

-No quiero ser eso.

-Vas a provocar taquicardias de lo tremenda que vas a estar con él, ya

verás.

Me agarró del brazo y me obligó, ya en los probadores, a ponerme el vestido.

-Hazlo por mí y pruébate.

Suspiré, algo furiosa y la obedecí. No me quedaba más remedio.

Me quité la ropa y el vestido se deslizó por mi cuerpo, encajando en él como si hubiese estado hecho para mí.

-¿Ya? -gritó Marina.

Sin contestarla, deslicé lentamente la cortina sin dejar de observarme en el espejo.

-Te lo dije... ¡tremenda!

Me sonrojé y sonreí.

-Me veo genial.

-Nena, estás para comerte.

Como no podía ser de otra manera, compré el vestido y unos tacones acorde con él.

Comimos algo en el centro comercial y Marina continuó con su charla.

-Escúchame por favor.

-No hago otra cosa -respondí, suspirando por milésima vez.

-Esta noche es tu noche. ¿Me entiendes? Con ese alucinante vestido todos caerán a tus pies pero tú serás la que decida. Pero, ¿por qué decidir si puedes elegir?

-Voy pillándolo pero me cuesta... -dije, sarcástica.

-Busca a un chico que te llame la atención y lánzate. Por una vez, no esperes que sea él quien se acerque. Prueba a hacerlo tú. Pero hazlo bien, sé que sabes hacerlo -dio un bocado a la hamburguesa y lo agradecí.

-Eso me parece un poco de desesperada...

-Es sólo una noche. Lo necesitas y no me digas que no.

En el fondo me molestaba admitir que tenía razón. Habían pasado dos años desde que mi relación con Héctor había terminado y no he vuelto a tener otra. Me dedicaba tanto a escribir que ni siquiera me había parado a

pensar en ello.

-¿Cómo puedo actuar? Tampoco quiero ser pesada porque eso no gusta...

-Cuando te acerques al chico sabrás actuar.

Estábamos en casa de Marina arreglándonos para esta noche. La fiesta de Miguel. Nunca habíamos ido a su fiesta, ya que no conocíamos a mucha gente del pueblo y menos que quisieran ir.

Marina era así. No te aclaraba el consejo que necesitabas pero te dejaba un sabor de boca suficiente para aceptarlo y conseguir llegar a saber cómo poder hacerlo. Entendí que cuando encontrara al chico correcto para tener esa mini aventura a la que se refería Marina y que yo necesitaba, las palabras brotarían solas y no me sentiría incómoda. Si eso fuera así, abortaría la misión.

Me terminé de alisar el pelo y al final después de hacerme cientos de peinados, me decanté por una coleta alta. Siempre me habían sentado bien las coletas y a demás era lo más cómodo. Al menos ya no tendría que preocuparme por el pelo si no por los zapatos. Eso era lo peor.

Mis padres hoy no estaban en casa. Habían salido a cenar con los padres de Marina por lo que podrían, incluso, llegar aún más tarde que nosotras.

Cuando estábamos arregladas salimos a la calle.

Marina llevaba un vestido negro con tacones fucsias muy llamativos, un collar del mismo color que los tacones con detalles negros y el pelo hacia un lado. Me encantaba su pelo. Rubio cobrizo y bastante largo. Me temía que en cuanto la viesen, se lanzarían a por ella y en cinco minutos estaría sola en la fiesta sin saber con quién mantener conversación.

No tardamos mucho en llegar ya que vivíamos a dos calles de allí. Éramos vecinas y siempre habíamos estado juntas. Íbamos a una universidad a las afueras y no teníamos mucho trato con la gente de este pueblo.

-¿Tú crees que voy bien?

-Vas perfecta. -contesté, mientras cruzábamos un paso de peatones.

Marina se alisó el vestido ajustado a su cuerpo y sonrió. Pero al instante, suspiró.

-No quiero ser pesada, pero... ¿tú crees que con este vestido ligaré?

Se rió nerviosa.

-No puedo creer que estés más nerviosa que yo. –comenté.

Me alisé un par de arrugas del vestido y la miré esperando que mi cara blanca cambiase de tono y poder llegar a la fiesta antes de que comenzara a sentir revoloteos en mi estómago y me diera la vuelta, me escondiera bajo las sábanas e hibernara allí durante todo el año.

Marina respiró hondo, observó las luces de la casa de Miguel que ya se veían a lo lejos, me sonrió y seguimos andando.

No estaba muy acostumbrada a los tacones. Varias miradas se dirigían hacia mí o más bien a mi cuerpo y aunque al principio me sentí nerviosa e incluso furiosa, poco a poco dejó de importarme. La verdad es que no me gustaba demasiado que me mirasen. Nunca había llevado bien ser el centro de atención.

La música sonaba muy fuerte y Marina comenzó a moverse un poco al ritmo. Dos chicos nos miraban y silbaban. Odiaba que hicieran eso, fueran quienes fuesen. Ni siquiera si el que me silbaba era Brad Pitt. O bueno, puede que me haya precipitado. Si es Brad Pitt le interrumpiría el silbido con un beso con lengua mejores que los que le podría dar Angelina.

-¿Carla? –la voz conocida de un chico me despertó de mis pensamientos con Brad y mi corazón por un momento se detuvo. Los latidos se habían transformado en chorros de agua congelada.

No pude articular palabra al ver a Héctor bajo el marco de la puerta de la casa, observándome de arriba abajo y sonriendo levemente. Llevaba un vaso de plástico en la mano y por lo que parecía iba un poco borracho. Un poco bastante.

-Qué guapa estás –se mordió el labio inferior y dio un paso atrás, ya que había perdido por un momento el equilibrio.

Marina me agarró de la mano con fuerza pero yo no lo sentí. Sólo sentía mi respiración agitada, dolor en el pecho y calor en las mejillas. Mi cuerpo se había bloqueado y no podía controlarlo. Ni siquiera articulé palabra.

Héctor bajó la escalera del porche hasta situarse frente a mí. Al instante, tenía su mano sobre mi mejilla.

-Déjala en paz. –ordenó Marina.

-Hace tanto tiempo que no te veo que se me había olvidado la piel tan suave que tienes.

¿Por qué diablos no podía reaccionar?

-Héctor, para. -Marina tiró de mí y yo desperté del trance. - ¡Vamos!
¡Eh!

La mano de Héctor me agarró fuerte la muñeca y Marina me soltó sin querer.

En cuestión de segundos, los labios de Héctor aprisionaron los míos con tanta fuerza que me dolió. Intentó introducir su lengua en mi boca pero su aliento a alcohol y tabaco hizo que sacara fuerzas de flaqueza y le apartara de un empujón. Hacía tiempo que no me sentía tan cohibida, manipulada y sumida a una persona desde que justamente mi relación con él acabó.

Héctor había vuelto a ser capaz de manipularme de forma momentánea, pero había pasado demasiado tiempo, conversaciones con mis amigas y bastantes comeduras de cabeza como para dejarme de nuevo maniatar por él.

De todas formas me sentía débil ya que reviví todo el dolor que él me causó.

-¿Qué haces? -le grité, limpiándome los restos de saliva.
-Venga, no seas mojigata. ¿Sigues llorando por mí, nena?
-Vete de una vez o te clavo el tacón en el culo. -intervino Marina.

Héctor la miró muy serio. Nunca se habían llevado bien, ni siquiera cuando yo salía con él. Estaba segura, y lo acabé estando totalmente, de que Marina no confiaba en Héctor. Si yo la hubiera hecho caso desde el primer momento...

-¿Todavía sigues teniendo a ésta como amiga? Qué insoportable es.

Marina dio un paso hacia él.

-No merece la pena. -dije, intentando que ella se calmara y pudiéramos entrar en la fiesta.
-No, claro que no la merece... -añadió ella.
-Carla mi amor, ¿no sabías que las reconciliaciones son lo mejor...?

De repente un hombre corpulento apareció invadiendo el espacio entre Héctor y nosotras. Tuvimos que desplazarnos hacia la derecha para ver qué había ocurrido. Encontramos a Héctor en el suelo, casi llorando y con cara de terror observando al hombre enorme que le acababa de empujar.

-Lárgate. No quiero volver a ver tu culo blanquito en esta casa. -su voz era tan grave que se me pusieron los pelos de punta.

No pude evitar sonreír y Marina reír a carcajadas cuando Héctor se levantó, volvió a tropezar con su propio pie y cayó de cara contra el césped. Después se incorporó y corrió calle abajo hasta desaparecer.

El hombre se giró y me sorprendió ver sus rasgos tan marcados. Era enorme.

-¿Estáis bien? –preguntó, dedicándonos una amable sonrisa que no pegaba nada con su aspecto.

-Ahora sí, gracias. –respondí.

Marina aún estaba alucinando. Yo no quise volver a pensar en lo ocurrido. Ahora sí tenía muchas más ganas de conocer a alguien, de llevar a cabo todo lo que Marina me había estado diciendo durante el día anterior y en realidad, desde que la conocía. Necesitaba olvidar, aunque sonara y fuera egoísta. Pero realmente tenía ganas de conocer a algún chico que no se pareciera a Héctor. No, no... no debía pensar eso. Me daba igual. Necesitaba sentir algo diferente a todo lo que me transmitía él. Necesitaba sacarlo de mí de una maldita vez.

-Os merecéis pasar un buen rato, cualquier problema estaré en la puerta.

Nos señaló la entrada, invitándonos, y así hicimos. Las luces parpadeaban y cambiaban de color. La verdad es que este tal Miguel se lo montaba genial. Nada más cruzar el pasillo y entrar en la cocina, un hombre nos sirvió una copa a cada una.

-¡Invita la casa! –gritó, mientras se acercaba a un grupo de chicas que estaban igual de asombradas que nosotras.

No sabíamos ni siquiera dónde ir. Todo era enorme pero al estar lleno de gente se volvía tremendamente pequeño. Chicos y chicas se chocaban conmigo y casi me caigo en un par de ocasiones.

Maldita la idea de ponerme tacones.

Agarré a Marina de la mano que no sujetaba la copa y la guíé casi ciegamente hacia lo que vi que era una salida. En efecto, lo era. Teníamos frente a nosotras el mayor patio trasero que había visto en mi vida. Una enorme piscina iluminada y a demás, por si fuera poco, un bar donde un camarero servía más copas. La mayoría de las chicas apoyadas en la barra no tenían intención de consumir. De consumir bebida, porque ya le consumían a él con la mirada.

Bajamos cuidadosamente las escaleras e intentamos no parecer lo más torpe del mundo.

-¡Esto es impresionante! ¡Menudo ambiente! –exclamaba Marina, observando su alrededor como una niña pequeña observa una tienda de juguetes.

Agradecí que no mencionara el tema de Héctor. Necesitaba distraerme y olvidar. ¿Cómo no me había parado a pensar que él pudiera estar en la fiesta? Distraerme y olvidar, distraerme y olvidar, distraerme y olvidar...

-Hay unos chicos que no dejan de mirarnos. Mira disimuladamente... -me dijo, mientras bebía de su copa y observaba detrás de mí.

No me giré de manera disimulada sino todo lo contrario.

-La madre que te... -comenzó ella.

Me reí y ella chascó la lengua molesta. Tuve que volver a mirar, esta vez sí intenté no exagerar y observé al chico que más me llamó la atención. Eran alto, moreno y llevaba una camisa negra con los tres primeros botones desbrochados que dejaba ver un pecho desnudo y...

-Pero deja de mirar ya boba... -Marina me giró bruscamente. – estás mal, ¿eh?

-Pero es que él está muy bien... -murmuré.

-¿Cuál de los tres? –Marina comenzó a sentir curiosidad.

Parecíamos las típicas marujas de pueblo o detectives retiradas por ser demasiado malas para nuestro trabajo. Ellos hablaban animadamente y ni siquiera se percataban de nuestras miradas analizadoras.

-El más alto. El de la camisa negra. –describí.

-Menudo culito tiene el de la camisa granate, ¿no? –dijo, ignorándome.

No pude evitar reír al ver cómo Marina se había quedado embobada, tal y cómo yo había estado antes. Di un sorbo a la copa y me pareció que estaba algo caliente.

-Necesito hielos. –dije, señalando mi copa.

-La verdad es que yo también.

Nos miramos un momento y las dos pensamos igual. Pero entonces, Marina me observó con un gesto en su rostro que hizo que mi estómago diera una vuelta completa.

-No...

-Si...

-No...

-Si...

-No -dije, de forma cortante. Aún no estaba preparada.

Marina bebió otro trago mientras, a la vez, asentía.

Puse los ojos en blanco y me bebí la copa. Me dio igual si estaba caliente. Fue un impulso, como si necesitara beber para llenarme de energía. La dejé en la mesita de mimbre, miré a Marina que me sonreía como una niña pequeña ilusionada y comencé a caminar hacia aquellos chicos.

Por un segundo todo me dio vueltas. Miré de un lado a otro mientras me colocaba el vestido. Di un paso y me pareció el mayor esfuerzo que había hecho en todo el día. Me pregunté qué demonios iba a hacer, pero pensar en lo ocurrido hacia unos minutos con Héctor me llenó de energía. Y de ira también. La mezcla de ambas provocó algo en mí difícil de describir. Sentía como si mi cuerpo no estuviera conectado con mi mente. Todo iba a su libre albedrío y yo era la última en tomar las decisiones sobre él.

El vestido rojo me quedaba muy ajustado al cuerpo y me estilizaba. Creo que demasiado. Intenté no pensar mucho en no romperme un tobillo por los tacones y hacer el ridículo más espantoso de mi vida.

Cada vez estaba más cerca. Me giré un poco hacia Marina y la vi rodeada de dos chicos.

Vale, perfecto. Ya la había perdido.

Pero entonces Marina me miró, me guiñó un ojo y me sonrió. Supongo que eso me daba un empujoncito. Maldita rubia, siempre se salía con la suya.

Di un par de pasos más y ya me encontraba detrás de uno de ellos. Era un poco más alto que yo y llevaba una camisa granate. El chico por el que Marina se había quedado tonta perdida. Me entró el calor de repente y deseé darme la vuelta pero unas palabras algo torpes salieron de mi boca.

-Hola.

Para mi sorpresa mi tono de voz no era tan horrible como me había imaginado que saldría. De repente me sentí realmente bien y mi espalda se estiró, como si fuera la chica más segura de toda la fiesta.

El chico de la camisa granate se giró y me miró con el ceño fruncido. Pero noté algo en su mirada, como si le agradara verme.

-¿Te conozco? -a pesar de su tono algo grotesco, sonreí.

Me di cuenta que los dos chicos que venían con él me observaban atentos.

-Tranquilo, sólo venía a pedir hielos. No tenía intención de ligar contigo.

El chico se quedó boquiabierto y yo, en mi imaginación, también. Las palabras habían salido sin permiso como si yo no las controlara. Sus amigos comenzaron a reírse pero no me incomodó. Me sentía fuerte y segura. ¿Por qué diablos no iba a poder sentirme así? Había estado tanto tiempo con un capullo a mi lado, que necesitaba liberarme.

-Bueno, si no me vas a dar –dije, dominando la conversación- se lo pediré a tu amigo.

Hice amago de pasar a su lado para dirigirme al chico que tenía en frente y de repente sentí un cosquilleo en mi vientre. Era un chico un poco más alto que yo. La camisa negra un poco abierta por el pecho le daba un aspecto muy atractivo. En realidad, había estado pensando desde el primer momento en que era con él con quién quería hablar.

-Hola –repetí.

-Hola –respondió él - sírvete.

En su voz noté un poco de inseguridad. ¿Estaba nervioso? La verdad es que me miraba como si el contacto de nuestros ojos por un largo tiempo le fuera a hacer daño. Pero me atraía mucho y no entendía por qué. Sentía un revoloteo en el estómago cuando le miraba y es que no podía dejar de hacerlo.

-Ya no quiero los hielos. –dije, observándole de arriba abajo y mordiendo mi labio inferior.

No podía controlar mi mente y mucho menos mi forma de actuar. Tanta comedura de cabeza de Marina había provocado que saliera a la luz un lado oscuro y seductor de mí. Ni siquiera recuerdo que hubiera sido alguna vez así con Héctor. Supongo que la copa caliente me había afectado un poco o que, realmente, aquel chico me estuviera provocando esa reacción.

-Me acerqué un poco más a él, con seguridad, y vi cómo él me observaba menos nervioso que antes.

-¿Qué te apetece entonces? –preguntó.

Mi corazón comenzó a latir con algo más de fuerza y sonreí.

¿Me estaba sonrojando? ¡No por favor!

-Bueno, podemos ir a un lugar más tranquilo. Ya sabes...

Me acaricié las puntas del pelo, coqueta. Este chico me había gustado demasiado. Ya apenas controlaba lo que decía. Solo me dejaba llevar y ni siquiera me importaba. Me sentí un poco cohibida bajo su mirada.

El chico observó a sus amigos y eso me preocupó por un instante. Esperé que dijera que sí. No podría soportar de nuevo la humillación.

Entonces volvió a mirarme.

-Está bien –dijo, por fin.

Sonreí sin poder evitarlo y crucé a su lado. Mi mano se elevó hacia su vientre y le acaricié un poco con la yema de mis dedos. Estaba alucinando con mi comportamiento, pero me gustó ser así. Él no me conocía y yo podía ser quien quisiera.

Caminé por detrás del bar ya que vi que había un camino que conducía lejos. Pensé que lo mejor era no ir a su lado. Prefería guardar un espacio y ver si él seguía mi juego o no. Yo comenzaba a estar algo nerviosa al escuchar que junto al sonido de mis tacones, estaban el sonido de sus pasos siguiéndome.

Me giré un poco para asegurarme de que él seguía ahí. En efecto. Lo hacía sin dejar de mirarme fijamente, dando pequeños tragos a su bebida. ¿Qué estaría pensando? Seguro que pensaría que era una chica demasiado fácil y no me extrañaría en absoluto que pudiera pensarlo. Aunque me sentí mal por ello, decidí eliminarlo de mi mente y concentrarme en lo que quería hacer.

Llegamos a un pequeño lugar. No estaba muy iluminado pero sentí que era éste el mejor sitio, con tan sólo un banco y una fuente de piedra. Me giré hacia él, cogí la copa de entre sus manos y di un trago. La bebida estaba fría por lo que lo agradecí. Dejé la copa apoyada en el banco y alcé mi mano para situarla en su pecho, casi rozándole la piel.

-No quiero saber tu nombre, ni tu edad, ni qué color te gusta. Ni tú comida favorita...

En realidad me moría por saberlo. Este chico me había llamado la atención como nunca antes había sentido, pero no había ido a la fiesta para comenzar una relación y menos después de lo ocurrido antes de entrar. Tenía que mentalizarme que lo único que me vendría bien era una aventura de una noche y nada más. Puede que si hubiera elegido al de la

camisa granate eso fuera más fácil.

-¿Qué es lo que quieres entonces?

-Te he visto, me has gustado y me apetece enrollarme contigo.

-Veo que no pierdes el tiempo.

Sólo una noche. Sólo una noche. Sólo una noche. Sólo una noche...

Entonces para mi asombro el chico se acomodó en el banco. Le miré y no pude evitar acercarme y ponerme encima de él.

¿Qué estaba provocando aquel chico en mí? Nunca pensé reaccionar de esa manera. No controlaba ni lo que decía ni lo que hacía pero no me sentía mal por ello. Él no hacía sentirme avergonzada y eso era tan raro para mí que me asustó.

-Al menos déjame que...

Le interrumpí. Ahora no quería hablar. Me encantaría tener una conversación con él. Saber su nombre, su comida y su canción favorita, pero yo no estaba preparada para eso. No quería comenzar lo que empieza siendo una cita, conocerse, presentar a la familia y luego terminar y ser como desconocidos. El amor comienza con una sonrisa y termina con una lágrima. Sabía muy bien de lo que hablaba y yo ya había llorado suficiente.

Posé mi dedo índice sobre sus labios.

Sabía a lo que había ido a la fiesta. Quería saber cómo es tener una relación de una noche. Pero a la misma vez sentía que me había equivocado de chico. Éste era demasiado para soportar no querer repetir. Que se convierta en un bucle y no poder salir de él.

Me incliné hacia él mientras nos besábamos. Sentía que su respiración se agitaba por momentos y yo comenzaba a sentir que me descontrolaba y sabía que él estaba sintiéndolo también ya que sus manos se deslizaron por debajo de mi vestido.

De repente sentí que algo no iba bien. Que lo que estaba haciendo estaba mal.

Me levanté y me coloqué el vestido frente a él.

-¿Qué pasa? –preguntó extrañado por mi reacción.

Le miré, allí sentado, con los labios morados de besarnos y sus ojos

verdes observándome sin entender.

Entonces me di cuenta que no estaba preparada para las mini aventuras. Que yo no era de esa clase de chicas y aunque hubiera reaccionado con él de esa forma era porque estaba confundida.

Tenía ganas de volver atrás y acercarme a él y hablar. Pero no le conocía. No sabía si a él le gustaba que las chicas fueran tan atrevidas como yo había actuado. Comencé a sentirme mal. Tuve incluso ganas de romper a llorar cuando pensé en todas las emociones que había sentido en tan poco tiempo, por lo que no me quedó más opción que marcharme.

-Lo siento. Tengo que irme.

Fue lo último que dije mientras me alejaba de él intentando mantenerme serena y no ponerme a llorar.

Ojala no hubiera ocurrido.

Ojala la copa hubiese tenido hielos.

Ojala aquel chico no fuera capaz de provocar ese incesante revoloteo de mariposas en mi estómago.

Capítulo 4

Carla Requena

No encontré a Marina por ninguna parte por lo que opté marcharme de la fiesta. No quería encontrarme con aquel chico de nuevo porque no sabría cómo reaccionar. Todo había sido una completa locura. Yo no era así, ¿o sí lo era?

Salí de la casa, como pude, y caminé a paso ligero hasta llegar a mi casa. No tardé más de diez minutos pero se me hizo eterno por el dolor de pies que tenía. Serían las tres de la madrugada, no mucho más tarde y ya parecía que iba a amanecer.

Por fin llegué a casa y mandé un mensaje a Marina.

<<Supongo que estarás ocupada. No te encontraba así que he decidido volver a casa. Misión fallida y abortada. >> Carla 3:15.

Me quité los tacones y subí hasta mi habitación intentando hacer el menos ruido posible aunque seguro que mis padres no habían llegado aún a casa.

Pensé, incluso, que no debería haber ido a la fiesta. Había sido una estupidez hacer lo que hice. Acercarme como una cualquiera a un grupo de chicos. No podía decir que no sabía lo que hacía porque realmente lo sabía perfectamente. Llevaba dos años exactos, si no me equivoco, sin tener ninguna relación de absolutamente ningún tipo y creo que eso me había confundido. Sumándole el comedero de cabeza que Marina me había estado dando todo el día antes de la fiesta y el encontronazo con Héctor, me había afectado brutalmente a mi cerebro.

Me puse el pijama y me tumbé en la cama sin deshacerla. No pude dormir. Me sentía avergonzada por lo que había hecho y deseé con todas mis fuerzas no volverme a cruzar con aquel chico. Aunque por otra parte, lo deseaba.

Su voz, sus ojos verdes...

Mi mente una y otra vez traicionándome...

Los rayos del sol entraron por mi ventana y yo aún seguía despierta. Me acerqué a ella y la abrí un poco. El aire fresco me acariciaba la cara y pequeños rayos del sol calentaban mi mejilla.

Entonces, vi a un chico corriendo hacia mi casa. Mi corazón dio un vuelco

cuando reconocí la camisa negra.

¿Por qué se dirige a mi casa? ¿Sabe dónde vivo? ¿Marina se lo ha dicho?

Tenía el corazón en un puño.

Pero entonces pasó de largo y le vi alejarse. No dejé de observarle hasta que le perdí de vista. Me quedé un rato mirando por donde acababa de verle por última vez y me di cuenta a los pocos segundos de lo tonta que parecía.

Volví a la cama y me tumbé bocarriba sobre ella. Miré al techo, que no tenía nada en especial, pero para mí sí. Cuántas veces había estado observándolo y dejando mi imaginación a su libre albedrío; cuántas noches había llorado y buscado en ese espacio en blanco una respuesta a todas las preguntas que mi cabeza no dejaba de formular. Atormentándome.

Yo no era de las que lloraba con la cara hundida en la almohada. Yo prefería mirar hacia arriba, que mis lágrimas tuvieran un camino que recorrer sin ver oscuridad. Aquel techo había visto tantas emociones directamente que para mí no era un simple trozo de pared. Era mucho más que eso. Algo metafórico que sólo podía entender yo.

Comencé a sentir un nudo en el estómago y comenzaba a doler. Me llevé las manos al vientre y respiré profundamente mientras mis ojos se iban cerrando poco a poco.

Cuando pensé que el sueño llegaba por fin, escuché la puerta de la habitación abrirse.

Era Marina. Llevaba los tacones en sus manos y parecía que para ella sí había sido una buena noche. Su pelo ya no parecía tan peinado como al salir de casa para ir a la fiesta. Ahora estaba algo revuelto y no tenía los labios pintados. Se tambaleó un poco cuando cerró la puerta y se dirigió al colchón que había cerca de mi cama. Sabía que no era porque estuviera borracha. Ella no solía beber y si lo hacía era porque de verdad le apetecía mucho. Supuse que sería por el dolor de pies de llevar esos tacones tan altos.

-Malditos tacones... -susurró, antes de dejarse caer en el colchón y quedarse completamente inmóvil.

Sonreí y esta vez ya no fue difícil conciliar el sueño.

No sé cuánto tiempo habíamos dormido pero me pareció una eternidad.

Marina seguía en la misma postura e incluso aún agarraba uno de sus zapatos fucsias. Se lo quité cuidadosamente y me dirigí al baño.

Mi cara era un espanto. Parecía como si me hubiese pintado un bebé, aunque puede que incluso el bebé me hubiera pintado mejor. Me desnudé y abrí el grifo dejando el agua correr hasta que estuvo a la temperatura perfecta.

No pude describir la cantidad de pensamientos que invadieron mi cabeza y que poco a poco se fueron esfumando por el desagüe. No quería pensar en ello de nuevo pero me sentía disgustada conmigo misma por mi actuación de ayer. Yo no era así y me negaba a serlo. Yo era una chica normal, que no le gustaba llamar la atención y que me gustaba escribir historias.

Un ejemplo sin ir más lejos, era Marina. Que si estoy guapa, que si este vestido me favorece, que si hoy el pelo lo tengo muy mal... me ponía de los nervios. Pero se hacía querer.

Puede que ese fuera mi problema. Me dolía haber actuado como odiaba ver en los demás. Haber tenido que pensar en lo guapa que estaba ayer para conseguir la seguridad que necesitaba para entablar conversación con alguien y mucho más, para seducirle.

Puede que el dolor en mi pecho fuera porque me había decepcionado a mí misma. Pero por otro lado, realmente lo que duró el momento me sentí bien.

Mi cabeza iba a explotar.

Salí de la ducha cuando supe que ya había tenido suficiente agua por hoy. Me coloqué una toalla en mi cuerpo y me sequé el pelo.

-Buenos días. -le dije a mi amiga, con la mejor sonrisa que pude.

Marina se acababa de levantar y me miraba desde el hueco de la puerta como si la hubiesen dado una paliza. Parece que se encontraba mal y la sentó peor que la saludase.

-Buenos días para quien los tenga...

Con el vestido de anoche, la cara peor que la mía antes de ducharme y con movimientos de zombie, se apoyó en el lavabo a mi lado.

-No te puedes imaginar el dolor que tengo de cabeza -cerró los ojos con fuerza.

-Yo también...

-¿Crees que la copa que bebimos llevaba algo?

Aparté el secador de mi pelo y la miré con el ceño fruncido.

-¿Droga?

-No... ¡azúcar! -al momento se llevó las manos a la cabeza.

Me quedé pensativa unos segundos mientras la veía quejarse del dolor de cabeza. ¿Y si había actuado así por la copa? ¿Nos habían drogado?

-Tiene que ser eso porque no entiendo este dolor de cabeza tan fuerte...

-¿Qué hiciste cuando me fui? ¿Recibiste el mensaje? -la pregunté, algo nerviosa.

-Si, si, si... -comenzó a quitarse la ropa y se metió en la ducha- estuve con un chico. Óscar, Orlan, Oram, Ojar... ¡Ay! No lo recuerdo...

Volví a apartar el secador a un lado.

-No lo harías, ¿verdad?

Mi mirada la fulminaba y ella asintió mientras se enjabonaba el pelo lentamente.

-Marina...

-¡No me montes el pollo ahora!

Lo que faltaba. Seguro que ni se acordaba si había utilizado protección y ni siquiera sabía quién era el chico. Perfecto. Todo perfecto. Ya nos había pasado otra vez y tuve que ir a comprar la pastilla del día después. Fue bochornoso. ¿Para qué están los preservativos? Marina en las fiestas tenía la cabeza siempre en otra parte y yo actuaba como si fuera su madre. Lo odiaba.

Terminé de secarme el pelo y me dirigí al armario para vestirme. Me puse unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes verde.

Gracias a la ducha me sentía mucho mejor y poco a poco el dolor de cabeza fue desapareciendo, pero ahora no dejaba de pensar en que ayer pudieron habernos drogado. ¿Por qué fuimos tan tontas de aceptar una copa de alguien que no conocíamos? Supongo que al verle vestido de camarero nos fiamos. Qué sé yo... todo era muy raro. Ahora solo me preocupaba el hecho de que Marina lo había hecho con un chico que no conocía y no recordaba si utilizó protección.

-Por cierto, ¿tú qué tal con el dios griego? -me preguntó mientras se masajeaba el pelo para crear rizos más definidos.

-Pues... raro.

Marina apoyó su mano en el lavabo y la otra en su cadera. Me miró fulminándome con la mirada y yo la observé sin entender su reacción.

-D-E-T-A-L-L-E-S –deletreó vocalizando exageradamente. - ¡Detalles, Carla!

Comencé a contarle todo con pelos y señales. Desde que dije aquel hola tan firme, cómo nos besamos sobre el banco de piedra y cómo después me fui de forma similar al cuento de Cenicienta. Pero en vez de un zapato de cristal, sentía que había perdido mi dignidad. ¡Qué exagerada soy! Pero en cierta manera me sentía así. O eso pensaba yo.

-Bueno no te agobies, ¿vale? Es normal, pero al menos te llevaste una alegría aunque fueran menos de cinco minutos.

Me sorprendió sentirme vacía. Sentir que ojala hubiera reaccionado de otra manera y poder haber disfrutado más tiempo de aquel chico. Ni siquiera sabía su nombre, aunque eso sólo fue mi culpa. Le dije bien clarito que no quería saber nada y ahora me arrepentía de ello. Seguro que él sería capaz, si le hubiera dejado más tiempo, de hacerme olvidar al capullo de Héctor.

Pero yo seguía pensando en la noche anterior con una mezcla en mi interior que me daba incluso náuseas.

De repente comenzó a sonar su teléfono móvil. Marina apareció de manera fugaz y lo cogió entre sus manos.

Leyó en alto:

-Soy el chico de ayer. Te dejaste el monedero. ¿Te viene bien quedar en Tropicalia a las cinco?

Me miró extrañada y yo la miré del mismo modo.

-¿Le diste el número? –la pregunté anonadada.

-¡Pues menos mal que lo hice!

Tenía razón. Al menos su número había servido para algo. No sé qué me estaba pasando. Tenía que tranquilizarme de una vez.

-Me acompañarás, ¿verdad? –dijo, casi suplicándome.

-Claro.

Miré el reloj y faltaban dos horas para las cinco por lo que bajamos a

comer –lo que pudimos- e intentamos descansar un poco más.

De pronto la alarma sonó y más o menos, a los veinte minutos nos encontrábamos frente a Tropicalia, que era una discoteca famosa de la zona.

-¿Vendrá? ¿Cómo será? Te juro que si es feo huyo sin mi cartera, de verdad te lo digo.

A veces eres un poco tonta, de verdad te lo digo.

Me fulminó con la mirada pero no tardó en fijarla en otro sitio ya que estaba muerta de los nervios y yo también.

Entonces, a lo lejos aprecié a tres chicos acercándose a nosotras. La luz del sol me daba de lleno por lo que no reconocí bien sus rostros. Uno de ellos llevaba algo y otro nos señalaba. Cuando conseguí verles bien, mi corazón dio un vuelco y se me escapó un pequeño grito.

Era aquel chico. El chico de los ojos verdes, de la camisa negra de anoche que la había sustituido por una camiseta de tirantes azul. Por suerte él no llevaba la cartera de Marina, si no su amigo que en la fiesta vestía una camisa granate.

-Me voy... -dije casi de carrerilla.

-¿Estás loca? No me dejes sola ahora...

Tenía un nudo en el estómago que estaba a punto de vomitarlo. Comenzaba a tener mucho calor y las manos me sudaban. Tenía que irme de allí como fuera.

Cada vez estaban más cerca.

Respira. Tranquilízate.

-Lo siento, si lo hubiera sabido habría traído hielos...

La voz del chico que llevaba la cartera de Marina sonó desagradable. En efecto, no era producto de mi imaginación. Eran ellos. Pero por un motivo más que claro, no era él quien me preocupaba y me ponía nerviosa.

Le ignoré y miré hacia otro lado.

Qué bochorno...

-Gracias.

Supuse que ya le había entregado el monedero y podríamos irnos.

Por alguna razón, volví la vista hacia ellos y entonces vi como el chico de ayer me miraba fijamente. No sonreía ni le notaba furioso. Tan sólo me miraba de una forma que me provocó de nuevo esos cosquilleos intensos que hacía tiempo dejé de sentir. Bueno, realmente fue ayer la última vez. Con él.

Nos miramos fijamente durante unos segundos, hasta que el chico rubio que se encontraba a su lado le dio un codazo.

-Se te cae la baba...

Él no le respondió. Sólo sonrió y volvió a mirarme de nuevo.

Escuchaba voces y movimiento a mí alrededor pero lo sentía ajeno. Aquel chico me miraba de una forma que era tan extraña y a la vez tan agradable que no quería que terminase. Me sentía cómoda. Relajada. De vez en cuando me sonreía cuando uno de sus amigos le decía algo pero yo era incapaz de escucharlo.

-Que si te apuntas.

Marina me había dado un ligero codazo para hacerme volver a la realidad.

-¿El qué? -pregunté, como si me acabara de despertar de un sueño.
Vamos a ir a la playa, por si queréis venir -dijo el chico rubio.

Tenía la boca un poco seca y quise decir no, que no quería ir. Era la situación más incómoda que había vivido. Pero Marina contestó por mí, me tiró del brazo y junto a ellos nos dirigimos a la playa.

-Por cierto yo soy Jaime -dijo el chico rubio, acercándose a nosotras para darnos dos besos.

-Yo soy Carla, encantada -contesté.

A mi lado estaba el chico que me ponía tan nerviosa y le oí susurrar mi nombre. Estaba segura que lo había repetido para sí. Le miré, algo nerviosa y de repente me sonrió de oreja a oreja.

-Yo soy Marc. Mucho gusto Carla.

Entonces se acercó a mí y yo por un momento pensé que se lanzaría a mi boca, pero me dio dos besos como acababa de hacer su amigo.

-¡Omar!

Giré rápidamente la vista hacia mi amiga que señalaba al chico que en la fiesta llevaba la camiseta granate y se reía escandalosamente.

-Ya sabía yo que me sonaba algo de Oram, Ojal, o algo así...

Omar le miraba frunciendo el ceño y algo furioso.

-Pues a noche me llamabas ¡Oh dios mío! –lo último lo dijo con un tono de voz agudo, como si estuviera imitándola y comenzó a hacer gestos acariciándose el cuerpo. Como una actuación mala de un orgasmo.

Cuando vi que Marina comenzaba a incomodarse me enfurecí.

-Yo lo siento pero no voy a ninguna parte con este imbécil.

Hubo un momento de silencio y de miradas hacia mí. Omar se quedó perplejo por mis palabras, ya que no se las esperaba.

-Pues ya te estás largando.

Hizo un gesto con la mano invitándome a irme. Miré a Marina.

-Me voy. Espero que hables con él sobre lo de anoche para saber realmente qué pasó.

Me acerqué para besarla en la mejilla.

-Encantada –dije después, dirigiéndome a Jaime.

Me volví para despedirme de Marc pero de repente sus palabras me sorprendieron.

-Voy contigo.

-¡¿Qué?! –gritó Omar.

-Que voy a acompañarla.

Marc miraba a su amigo muy serio. Su mirada decía: ¿Estás retándome? ¿De verdad crees que siempre voy a hacer lo que tú digas?

Bueno, eso ya lo suponía yo. Casi siempre me pasaba. Observaba a la gente y me inventaba historias que les habría ocurrido, me imaginaba lo que pensaban y muchas cosas más. Supongo que después de tantas historias que había escrito y la cantidad de ellas que aún estaban en mi cabeza, era normal que mi mente fuera de esa manera.

-No hace falta... -intenté decir, pero de la forma que me miró me cortó el

habla.

Jaime, Omar y Marina se alejaron y me quedé con Marc.

La situación que más temía que ocurriera estaba sucediendo. Por una parte quería irme corriendo y huir de él. Era bochornoso después de lo sucedido la noche anterior. Pero por otra, y extraña, quería estar con él.

Le miré y sonreí levemente. Él me respondió con una amable sonrisa.

-¿Tienes hambre? –preguntó, al cabo de unos segundos en silencio.

¡Oh no...! Si le digo que sí, sería como si le dijera: claro, tengo hambre pero lo que de verdad quiero es pasar más tiempo contigo, charlar, saber un poco sobre tu vida...; Si comía con él eso conllevaría a una segunda cita, por llamarlo así. Porque una persona no te propone ir a comer si no es para mantener una conversación y conocernos más. No creo que alguien que invita a comer y charlar, solo quiera eso una vez.

Qué nerviosa estaba...

-La verdad es que... creo que solo quiero ir a casa.

Me miró frunciendo el ceño y después soltó una débil risa. Sentí un nudo en el estómago al observar cómo se formaban dos hoyuelos en sus mejillas.

-¿Qué? –pregunté intrigada por su reacción.

-¿Creo que solo quiero ir a casa? Ese creo no me convence.

Seguimos caminando dejando atrás el puerto y el mar.

-No sé si es buena idea...

Se paró en seco y cruzó los brazos.

No le mires, no le mires...

Me detuve también y me volví para observarle.

-¿Dónde está la chica que conocí anoche?

Su pregunta se clavó en mi pecho dolorosamente. Temía ese momento y sin ni siquiera pensarlo, me di la vuelta y comencé a caminar más rápido. Sabía que acabaría sucediendo. Fue una estupidez. Me sentía tan decepcionada conmigo misma... Era como si otra persona, en la fiesta,

hubiera invadido mi cuerpo y mi mente. Una extraña. No era yo.

Marc se esperaba otra persona. Esa chica atrevida, coqueta y seductora que conoció en la fiesta y seguro que al verme y querer acompañarme pretendía acabar lo que yo terminé tan bruscamente. Pues lo siento, pero se volvería a quedar con las ganas.

No seas estúpida y para. No comiences a darle vueltas a la cabeza con historias que no existen.

Intenté mantener la mente en blanco pero no lo conseguía.

-Vale, vale, vale... -Marc apareció delante de mí obstaculizándome el paso- lo entiendo.

-¿Qué entiendes?

Al haberme parado tan bruscamente después de haber estado dando unas grandes zancadas me sentía algo cansada.

-Te invito a tomar algo y charlamos. ¿Te parece? -al ver que no me convencía, añadió- podemos estar en silencio si así lo prefieres.

Le miré fijamente. ¿Hasta qué punto podía confiar en él? Maldita sea, yo no quería esto. Sólo una noche y después si te he visto no me acuerdo. Pero a decir verdad, no podía negar que su presencia me gustara aunque me hacía sentir nerviosa.

-Está bien -acepté.

Marc sonrió aliviado y eso me desconcertó. ¿Por qué estaba tan interesado en mí? Ya había visto que no era esa chica atrevida de la fiesta y aún así tenía interés. O incluso más que antes. No quería comerme la cabeza demasiado ya que no traía nada bueno. Absolutamente nada.

En silencio le seguí. No conocía mucho la zona ya que no solía salir por aquí, pero cuando vi a dónde se dirigía un recuerdo de mi infancia me invadió de lleno: BooksN'Coffee.

Me detuve en el escaparate y miré el hueco donde hace diecisiete años yo observaba el libro que tanto me llamó la atención. En su lugar, estaba La ladrona de libros, que había leído más de una vez.

-¿Has visto la película?

Era la voz de Marc, muy cerca de mí. Casi podía sentir su brazo en contacto con el mío pero noté que mantenía las distancias.

-Me gustan más los libros pero sí, la he visto.

No pude evitar sonreír. Allí viví el momento más feliz de mi vida. El día que aquella mujer salió de la cafetería y me invitó a entrar a un mundo totalmente desconocido para mí, que se había convertido en mi vida.

-¿Hay algo peor que un chico que te odie? –dijo, citando una frase del libro.

-Un chico que te quiera –concluí.

Nos miramos de nuevo. Yo, impresionada por lo que acababa de decir y él, porque desde que le vi por primera vez ya me miraba de esa forma.

Me volvió a sonreír dulcemente y me invitó a pasar a la cafetería.

Hacía años que no había vuelto a venir. Tuve deseos pero no lo hice, no sé muy bien porqué.

Nada más entrar te encontrabas con un pequeño y humilde recibidor de madera pulida. La pequeña estancia estaba iluminada por una lámpara anaranjada, de estilo más moderno del que yo recordaba, que le daba un aspecto cálido y acogedor. Aún se respiraba el olor a café que no había olvidado.

En la misma entrada, la puerta de la izquierda te conducía a la zona de cine. Marc me guió hasta ella para mostrármela, pero lo que no sabía es que la recordaba con todo el detalle. Estaba ambientada como si fuera una casa de campo. Todo era de madera. Me fijé que cuando era pequeña había varias televisiones separadas por una pared, pero ahora eran pequeñas salas como una caja de cristal.

Una pareja se encontraba abrazada en el sillón del interior de una de ellas y veían una película de amor. En cambio, en la de al lado, un grupo de niños bailaban y reían mientras veían una película animada.

Era el lugar más maravilloso que conocía.

Después nos dirigimos a la sala de la izquierda. Aquella que recordaba con tanto cariño que al llegar, sentí un escalofrío.

El olor a café recién hecho y contemplar la cantidad de estanterías repletas de libros, hizo que por un momento me dieran ganas de llorar. La nostalgia me invadía completamente.

Me encantaba este lugar. Podría vivir aquí sin ningún problema. Despertarme cada mañana con una taza de café en una mano y en otra,

sujetando un libro...

Nos adentramos un poco más en la sala y pude contemplarla mejor. Ésta seguía tal y como la recordaba. Toda la pared, incluido el techo, decorado con madera barnizada y enormes estanterías que se alzaban grandiosas y orgullosas de llevar en su interior libros.

Entraba una agradable luz por las grandes ventanas y todo se conectaba dando una sensación de relajación, tranquilidad y paz que no se sentía en otro lugar. Era especial.

-Te ha cambiado la cara... -susurró Marc, mientras me invitaba a sentarme en uno de los sillones.

-Adoro este lugar.

Se sorprendió por mis palabras. Me seguía mirando como si fuese de otro planeta. Bueno, no en el sentido de aterrorizado y a la vez interesado en conocer mis pensamientos ni nada de eso, como si fuera un alienígena. Interpretaba su mirada como si él estuviese asombrado y deseoso de conocerme porque le parecía diferente a las demás.

-Si tanto adoras este lugar, ¿por qué nunca te he visto por aquí?

Mientras hablaba, levantó la mano para llamar al camarero.

-¿Sueles venir mucho a esta cafetería? -le pregunté, evitando contestarle ya que no quería comenzar la típica conversación sobre mi vida. Dónde vivo, la carrera de periodismo que estudio en la universidad...

Cuando llegó el camarero, Marc le estrechó la mano como si fuera un gran amigo suyo. Yo pedí un café solo y él me interrumpió.

-Paolo, por favor, dos Caramel Machiatto -le sonrió, el camarero asintió y se marchó.

Le miré un poco sorprendida por su actitud. Sí que solía venir a este lugar...

-Contestando a tu pregunta... -bajó la mirada hacia sus manos y se rio un poco- trabajo aquí. Mejor dicho, dirijo este negocio.

Abrí los ojos tanto que incluso lo noté. Sentí que mis mejillas se ponían rojas y lo primero que hice sin poder controlarlo fue reírme.

-¿Qué? ¿Tú?

Vi que se ofendía un poco.

-¿Por qué piensas que no puedo dirigir un lugar así? –se le notaba algo dolido por su tono de voz.

Me acomodé en el sillón e intenté relajarme. ¿Por qué demonios me había reído?

-Lo siento, es sólo que me ha pillado desprevenida y no me imaginaba... - no pude seguir. Le miré aún sin creérmelo.- ¿de verdad?

Él asintió, algo molesto.

Hubo un silencio algo incómodo hasta que llegó Paolo con los cafés.

-Así que Caramel Machiatto, ¿eh? –dije, intentado salvar la situación.

-Si –contestó, acomodándose en el sillón para remover el café- seguro que te gusta. ¡Qué es eso de café solo! Aquí las cosas se piden con clase.

Dejé de removerlo y fingí que su comentario me había molestado.

-Perdona, pero el café solo tiene mucha clase.

-Prueba éste y ya verás lo equivocada que estás.

Sonrió un poco antes de llevarse la taza de café a la boca y al volver a dejarla en la mesa, mantuvo la mirada fija en mí.

-No puedo si me miras de ese modo... -dije, intentando no reír.

Otra vez esos nervios...

-¿Cómo te estoy mirando?

-Me miras de una forma que me pone nerviosa.

Volvió a dar otro tragó al café y se relamió los labios.

Este chico lo estaba haciendo a propósito...

Ya había removido el café lo suficiente así que lo probé. Fue difícil hacerlo, aunque parezca una tontería, sabiendo que él me miraba. Imaginaos mi situación: no conocía de nada al chico que tenía en frente, tan guapo, interesado en mí por alguna extraña razón que yo desconocía y mirándome como si fuera una obra de arte. La más fascinante obra de arte que existía en el mundo.

Madre mía qué exagerada...

Me encantó. Incluso cerré los ojos para saborear el caramelo líquido junto con el café.

Marc comenzó a reírse divertido y volvió a inclinarse hacia mí.

-¿Delicioso, verdad?

No tenía palabras. Él tenía razón. Era muchísimo mejor que el café solo que tomaba casi a diario, por no decir, que era el mejor café que había probado.

Entonces, no sé si era por el café, por estar rodeada de libros en un ambiente acogedor o por tener frente a mí a un chico que estaba dedicando su tiempo a estar conmigo, que decidí arriesgarme. Ir un paso más. No una gran zancada, pero si un pequeño pasito para conocerle.

Pero cuando quise comenzar esa conversación que temía, él se adelantó.

-Me gustaría hacerte unas preguntas.

Si no fuera porque en su rostro había dibujada una sonrisa, hubiese pensado que estaba en un interrogatorio y no en una cafetería.

-Adelante -dije, acomodándome en el sillón mientras daba un trago al café y lo colocaba sobre mis piernas.

-¿Cómo te llamas?

Me sorprendí ya que él ya lo sabía.

-Carla -contesté.

-No. También el apellido.

Fruncí el ceño.

-Carla Requena.

-¿Edad? -estaba tan atento al cuestionario que había dejado olvidada su taza de café.

-Veintidós años -me reí al imaginarle vestido de policía.

-¿Tu color favorito?

-El verde.

-¿Comida favorita?

-Espaguetis.

-¿Quieres volver a verme mañana?

-Sí.

No me di cuenta de mi respuesta hasta que no vi que se detuvo, sonrió,

volvió a acomodarse en el sillón y bebió de su taza de café olvidada.

Me había tendido una trampa y había caído. Pero realmente me había hecho darme cuenta de que aquel chico estaba interesado en mí y no perdía el tiempo.

Claro que quería volverle a ver.

Capítulo 5

Marc Heredia

Carla Requena... ¿Por qué me sentía tan cómodo a su lado? No la conocía de nada y me sentía capaz de todo con ella. Era como esas personas que conoces y sientes que puedes ser tú mismo sin importar nada más; sin sentirte un ladrón cuidadoso con lo que decía o hacía. No, me sentía y tenía la necesidad de no enmascararme con ella y sólo esperaba que ella fuera natural conmigo.

No puedo mentir. Pensé que al volver a verla iba a ser igual que aquella noche. Provocadora y atrevida. Pero realmente, era mejor así. No la juzgaba por cómo se comportó. Pero si ella se sentía incómoda con ese tema es que algo pasó para que actuara así.

Tiene el pelo más largo, castaño y cuidado que haya visto jamás en alguna chica. Su piel se ve suave, aunque eso pude comprobarlo en la fiesta. Me sorprendió que pensar en aquello me pusiera furioso. No quería pensar en ella de ese modo. No sé, claro que me gustaba pensar en nuestro momento en la fiesta pero por alguna razón sabía que no había sido ella realmente. Que estaba decepcionada con lo que sucedió.

Ahora ella estaba frente a mí, bebiendo Caramel Machiatto y dedicándome alguna que otra sonrisa entre sorbo y sorbo.

Que no se creía que dirigiera la cafetería... Bueno, le perdono que se hubiera reído de mí.

-Así que eres el jefe... -dijo, mientras dejaba la taza de café vacía sobre la mesa y observaba de nuevo cada rincón de la sala.

-Si. Aunque no te lo creas.

Volvió a mirarme e hizo una mueca de culpa.

-Es sólo que eres muy joven para dirigir un negocio, ¿no?

No podía culparla por acercarse a temas personales. Ella no sabía nada de mí y era lógico, al igual que podía haber hecho yo, meter el dedo en la yaga sin saber que aún dolía.

-Lo heredé.

No sé porqué Carla puso cara de espanto.

-Yo... No... -estaba nerviosa.

-¿Qué pasa?

No entendía su reacción.

-Es sólo qué...

Comenzó a revolverse en el sillón y yo intenté mantener la calma.

-¿Qué ocurre?

-Lo siento. Creo que he metido la pata.

-¿Por qué dices eso?

-No sé si debo...

-¿Conocías a mi madre?

Entonces entendí porqué estaba tan incómoda de repente.

-Sí.

Aunque sentí un fuerte dolor en el pecho, sonreí. Mi madre murió cuando yo cumplí catorce años y aún dolía casi como la última vez que la vi con vida. Siempre estaba sonriendo y trataba a los clientes como uno más de la familia. Habían pasado nueve años y aún lo sentía como si no hubiera pasado tanto el tiempo.

-Me gustaría saber cómo la conociste -dije, mientras terminaba el café.

Entonces me contó el momento del escaparate, la invitación de mi madre y que la suya se incomodó un poco pero que al final accedió a entrar.

-Recuerdo exactamente el primer día que entré. Tú madre me agarraba de la mano y me enseñó la tienda como hoy has hecho tú. Pero cuando llegué a ésta sala... -estaba incluso más emocionada que yo. Se le quebró la voz- fue uno de los días más felices de mi vida.

Me quedé embobado escuchándola hablar sobre mi madre y ver que la sentía casi tanto como yo. Parecía que mi madre había provocado que al final, llegara a conocer a Carla.

El destino.

-Me gusta escucharte.

Ella me miró fijamente y noté que sonreía tímidamente. Hacía mucho tiempo que una chica no captaba toda mi atención y no me refería al tema del físico, sino a la forma de hablar, expresarse, reír nerviosa y apartar su mirada de la mía cuando la manteníamos más tiempo del habitual, mover

su pelo de un lado a otro... era toda ella mi atención.

-Quiero saber más cosas sobre ti. -continué.

Nos miramos en silencio hasta que Paolo recogió nuestras tazas de café.

Tenía tantas ganas de decirla lo preciosa que estaba... Pero no me atrevía ya que apenas la conocía y seguro que podría incomodarla. Sentía que con ella quería hacer las cosas bien. Demostrarla que no era una cualquiera, ni que la quisiera para una noche. Sólo esperaba que ella tampoco.

Sin darnos cuenta, estaba a punto de anochecer. ¿Cómo había pasado el tiempo tan deprisa? Yo no solía estar con una chica, después de Soraya, más de cuatro horas. Y todas ellas dedicadas a sexo y nada más. Pero con Carla era diferente. No tenía esa prioridad, aunque me moría por hacerlo.

-Debería irme a casa. -dijo, observando que comenzaba a oscurecer.

Asentí y al ver que no se levantaba del sillón me reí.

-¿No me vas a acompañar o qué? -preguntó frunciendo el ceño.

-Por supuesto.

Nos despedimos de Paolo y salimos de la tienda.

Caminamos en silencio bajo las farolas que comenzaban a encenderse y disfruté de ello y de ella. De vez en cuando me miraba, pero no aguantaba ni dos segundos. Sabía que aunque no pudiera verlo, estaba sonrojada.

-Nos hemos perdido el anochecer en el mar... -dijo, mirando al cielo.

-Yo no me arrepiento de no haberlo visto.

Volvió a sonreír.

Llegamos a su casa y me sorprendió darme cuenta de que no estaba muy lejos de la mía. Yo viviendo aquí veintitrés años y no había visto nunca a Carla, ¿qué clase de brujería era esa?

Se giró hacia mí antes de entrar en la parcela.

Odiaba las despedidas y mucho más cuando pasar el día con ella me había sabido a poco. ¿Qué iba a comenzar a ser ella, una droga? Me volvería adicto sin problemas.

-Me ha gustado mucho esta tarde de Caramel Machiatto.

-A mí también. Te dije que era mejor que el café solo. -contesté.

-El café acompañado siempre es mejor...

-Entonces, ¿nos vemos mañana?

Su respuesta fue una sonrisa y un encogimiento de hombros.

Después se alejó hasta entrar en su casa. Me quedé algo exhausto y bastante descolocado. Iba a pedirla el número de teléfono pero se había marchado tan bruscamente que me había quedado con la palabra en la boca. No podía ser verdad que se hubiese marchado tan fríamente. Me quedé allí, esperando que ella saliera de nuevo y me diera al menos un beso en la mejilla. No sé, tampoco pedía gran cosa.

Cuando me di cuenta de que aquello no pasaría y que comenzaba a hacer un frío que taladraba mis huesos, comencé a caminar hacia mi casa sin parar de pensar en ella.

Cogí el móvil y lo encendí. Para mi sorpresa tenía unos diez mensajes de Jaime.

**<< ¿Dónde estás? Omar y Marina no dejan de enrollarse. >>
Jaime 18:21**

<< Creo que voy a irme de aquí, estoy sujetando velas y ya quemán. >> Jaime 18:42

<< Y ahora va Omar y me pide un preservativo, este chico es tonto. >> Jaime 19:03

<< Tío, ¿dónde estás? >> Jaime 19:05

**<< No me digas que tú también estás ocupado como Omar... >>
Jaime 19:05**

<< Sois los peores amigos, maldita sea. >> Jaime 19:16

<< No aguanto más, me voy a casa. Nos vemos mañana. >> Jaime 19:22

<< Mejor, voy a tu casa. >> Jaime 19:24

<< Te espero allí >> Jaime 19:25

<< Ya estoy. >> Jaime 19:46

La luz del salón estaba encendida y supuse que seguía allí. La puerta de la casa estaba abierta.

-La bola iba demasiado baja, el golpe era imposible. –era la voz de Jaime.

Me dirigí al salón ya que de ahí provenían las voces y vi a mi padre y a Jaime sentados en el sofá viendo la televisión. Por lo que deduje estaban viendo un partido de tenis y no me equivoqué.

Cuando me vieron y me saludaron, mi padre insistió en que me bebiera con ellos una cerveza.

-Estoy un poco cansado.

-Venga hombre...

Ignoré a Jaime y subí a mi cuarto.

Podría pedir el teléfono de Carla a Marina a través de Omar, pero aunque me moría de ganas, decidí no hacerlo. Si ella no me lo había dado por algo debía ser.

Me tumbé en la cama intentando no darle demasiadas vueltas. Odiaba las despedidas y siempre dudaba en qué decir, pero con ella no me ocurrió porque no quería irme. Pensé en ella demasiado e incluso acabé preocupándome.

Escuché dos golpes provenientes de la puerta.

-Pasa... -dije.

Jaime entró sosteniendo un botellín de Heineken en la mano izquierda.

-¿Cómo ha ido?

-Muy bien, la verdad.

En realidad me había quedado con ganas de más. De más tiempo con ella. Un solo café había sabido a poco.

-¿Y Marina y Omar? –pregunté levantándome de la cama y acercándome al armario.

Se dirigió a la silla del escritorio y se balanceó de un lado a otro mientras daba un trago a la cerveza.

-Esos dos están locos. Seguro que siguen enrollándose en la playa.

-¿Por qué no llamaste a las chicas con las que te acostaste ayer?

Jaime me miró enarcando la ceja.

-Sabes que no soy así. Ni siquiera sé porqué Omar lo ha hecho. Bueno, sí,

porque la chica se olvidó su cartera. ¡Pero se lo das y te vas!

Me quité la camiseta. Hacía bastante calor. Me dirigí a la ventana, la abrí y me senté en el alfeizar.

-Eso es que le gustó bastante. Ya sabes cómo es.

-Sí. Ya sé cómo es. Pasa de su colega por una chica.

Me reí al ver lo furioso que estaba.

En efecto, Omar podía ser desagradable, imbécil, prepotente, mezquino... pero cuando una chica se le metía entre ceja y ceja, aunque seguía siendo el mismo idiota, volvía a repetir con ella las veces que hicieran falta. Lo malo, para Marina en este caso, era que Omar se cansaba demasiado rápido. También me resultó raro que Jaime no hubiese hecho sus planes aparte, tenía una agenda de contactos femeninos que cualquiera se moriría por tener.

-Por cierto, he estado hablando con tu padre. Le veo mucho mejor.

-¿Y eso?

-No sé, está más contento. Incluso me ha dicho que quiere contratar a una chica para que limpie la casa. Dice que quiere una de esas con el culo grande y tetas voluminosas. Literal.

Me quedé boquiabierto.

-¿Estás de broma?

-Créeme.

-Ya hablaré yo con él. -dije con un tono autoritario. Ambos reímos.

No hizo falta. Pero no porque la idea de tener una chica en casa se le hubiera olvidado. No. El caso es que ya había contratado a una y al día siguiente, por la mañana, llamó a mi puerta.

-Hola señorito Heredia, ¿puedo pasar? -su voz era muy aguda.

Yo estaba en ropa interior, completamente desarropado y cuando fui a decir que no entrara, ella abrió de par en par e invadió mi cuarto como si hubiera entrado un huracán.

Era una mujer joven. Unos diez años más mayor que yo. Pensé en Jaime citándome las palabras que dijo mi padre: Dice que quiere una de esas con el culo grande y tetas voluminosas. No fue de otro modo.

Era rubia -de bote, pensé- y llevaba el pelo recogido en un moño y un flequillo liso que le tapaba las cejas.

Se quedó mirándome mientras me levantaba de la cama y me vestía lo más rápido que podía.

-¡Oh!, disculpe... ¡Qué desordenado está todo!

-Me gusta así. Es mi orden en el desorden.

Me miró y se rió como si lo que acabara de decir fuera lo más gracioso que había escuchado en su vida y eso me resultó muy molesto.

Esto no podía estar pasando.

-Oye, mira, yo respeto que vistas así para trabajar pero no me gustaría pensar que a mí padre se le caiga la baba contigo. No es algo que me haga sentir muy cómodo y más viviendo yo bajo el mismo techo.

Ella me miró aún sonriendo, como si lo único que había oído eran sonidos que salían de mi boca pero que para ella no tenían ningún sentido.

Al fin, decidió contestar.

-No te preocupes por eso.

Y después de decirlo, se acercó a mí, se dio la vuelta y se inclinó para recoger la ropa del suelo. Suponía y esperaba que no lo hubiese hecho a propósito. Poco más y su lencería hablaría por sí misma.

-Disculpa...

Se levantó despacio.

-¿Sí?

-Preferiría que te marcharas de mi habitación, por favor.

Ella se giró y me sonrió. ¿Qué le pasaba?

-Lo siento. Parece que no hemos empezado con buen pie.

La ignoré. Salí de la habitación y busqué a mi padre. Le encontré en el sofá, con otra cerveza en la mano y parecía que no se había movido de allí en toda la noche.

-¿Se puede saber quién es esa mujer? ¿A quién demonios has contratado?

Mi padre me miró como si no me entendiera.

-Hijo, es una asistente.

-¡Si, ya, claro! ¡Asistente! Me da igual que venga una mujer a limpiar,

pero no una que limpie y tenga relaciones sexuales por el mismo precio.

Dejó la cerveza en la mesa y me invitó a sentarme a su lado. Solté un gruñido.

-Papá... -respiré profundamente para calmarme- si quieres tener una relación, que no sea así por favor.

-Hijo, sé que después de lo de tu madre todo ha sido muy duro...

-No sigas por ahí... -le interrumpí.

-Déjame acabar.

Me miró serio y pensé que se merecía también que le escuchara aunque yo estaba muy cabreado.

-Llevo nueve años intentando sentir menos dolor por la muerte de tu madre pero eso no va a suceder nunca. Puedo acostumbrarme a ello, pero sigue ahí y me está consumiendo Marc. Me está matando. -volvió a agarrar el botellín de cerveza pero no bebió, si no que lo observó- no quiero que pienses que es por culpa de la muerte de tu madre, que su recuerdo, es el que me esté destrozando poco a poco y quitándome las ganas de vivir. Ni tampoco quiero que pienses que voy a olvidarla. Eso nunca. -dio un trago a la cerveza- Pero después de nueve años, necesito ver que aún puedo divertirme. Esa chica que he contratado, si, es lo que es. Lo que has visto. Pero quiero divertirme, hijo y quiero que te quede claro que sigo amando a tu madre pero también necesito... -volvió a dar un trago- ...estar con otra mujer. -hizo una pausa- No me veo con fuerzas de salir de casa y conocer a nadie. Por lo que pensé que sería una buena idea...

-Papá...

Él me miró con los ojos llenos de lágrimas.

-Te entiendo, ¿vale? Pero no olvides que yo también estoy en esta casa y no me gustaría ver cómo te enrollas o coqueteas con esa mujer.

Le vi decepcionado.

-Tienes toda la razón hijo. Ha sido una estupidez.

Le observé. Antes de comenzar la conversación había visto a mí padre sonreír entre trago y trago. Nunca le había visto así. Puede que él tuviera razón.

Me acerqué a él y me senté a su lado.

-Vale. Podemos hacer una cosa.

-¿El qué? -preguntó, intrigado.

-Me voy de alquiler.

Había dejado la cerveza en la mesa tan bruscamente que se había salido todo. La sirvienta llegó al instante. Preguntó sin obtener respuesta qué era lo que había ocurrido y cuando vio todo el desastre causado por el botellín, no dudó ni un instante en ponerse a limpiarlo.

-Papá, la verdad es que llevo pensándolo mucho tiempo. Pero si he estado aquí es por ti. Pero ahora que está ella, no estarás solo. –le sonreí como pude, pero él estaba furioso.

-¡No!

-Si, papá. No hay más que hablar. A demás, el piso que está de alquiler es el que tenemos justo encima de BooksN'Coffee. ¿Te acuerdas? El apartamento del matrimonio joven que se marchó hace dos años.

Mi padre, presa del pánico de sentir que yo me iba a alejar de su lado, estaba intentando mantener la calma. De vez en cuando sus ojos se desviaban hacia los pechos que se balanceaban de un lado a otro de la asistenta. Me reí al ver la escena y no pude evitar comprenderlo. Si eso era lo que él quería yo no era nadie para prohibírselo.

-Hoy mismo voy a llamar para alquilarlo y no te preocupes, ¿vale?

Por una parte me entristecía irme de mi casa. Allí había vivido los mejores y peores recuerdos y aunque algunos fueran malos, formaban parte de mi vida. De lo que soy ahora.

El último pensamiento que tuve cuando esa misma tarde me despedí de mi padre fue una sensación de mayor independencia, seguida de la nostalgia de sentir la dependencia a mi padre todos estos años. Aunque realmente era él quien había estado dependiendo de mí desde que mi madre murió.

<< ¿Es verdad que te mudas? ¿Dónde estás? ¿Me puedo pasar con Jaime para verte?>> Omar 15:07

Qué poco había tardado mi padre en contarlo. Aunque no le culpaba por ello.

Respondí a Omar:

<< Voy a dejar las cosas en el apartamento y luego tengo que hacer horas en BooksN'Coffee, así que ir allí directamente. >> Marc 15:11

<< Ok. >> Omar 15:12

Había quedado con mi padre en que me llevaría el coche. La asistenta, que le gustaba que la llamaran Yasmín, se quedaría allí a dormir para hacer compañía a mi padre. Ella era de Rumanía y no había nada mejor que tener alojamiento y dinero. Sólo esperaba que tratara bien a mi padre.

Subí al coche después de cargar el maletero con todas las cosas que creí indispensables y conduje hasta mi nuevo apartamento. Por suerte disponía de garaje por lo que fue un punto aún más positivo. El primero era el ahorro de gasolina para dirigirme al trabajo. La única energía que gastaría sería física por bajar y subir escaleras continuamente.

Aparqué el coche en la plaza que me habían asignado y subí las escaleras hasta llegar al segundo piso. La puerta era de un color marrón claro. Era un apartamento amplio. Nada más entrar te encontrabas con un pasillo que te llevaba hasta el salón que era la parte central del piso. Había dos sofás grandes y negros, de tela, que destacaban con la pared blanca. Uno de ellos se encontraba frente a una televisión enorme de pantalla plana y el otro sofá estaba justo paralelo a una cocina de estilo americano.

Estaba realmente impresionado. Todo era muy moderno pese a la idea que tenía del apartamento por encontrarse en el casco antiguo.

Dejé las llaves del coche sobre la mesita de cristal que se encontraba entre los dos sofás y me dirigí al otro pasillo. A la derecha había un dormitorio enorme. La cama de matrimonio que era bastante grande se hacía pequeña en la habitación. Frente a la cama, empotrado a la pared, había un gran armario y al lado de éste, un escritorio. No me pude creer que incluso hubiera un ordenador sobre la mesa.

¿También me lo incluían en el alquiler?

Esto era una maravilla.

Dejé las maletas en el dormitorio y me dirigí a la habitación de enfrente. Se trataba de un despacho. También tenía las mismas dimensiones que el dormitorio pero las paredes estaban decoradas con estanterías repletas de libros. Aunque no tantos, ya que había muchos huecos entre unos y otros.

En la mesa grande del despacho había otro ordenador de mesa y un par de paquetes de folios al lado de la impresora.

Recordé al matrimonio que estuvo viviendo en el piso. La mujer era diseñadora de interiores y llevaba una inmobiliaria. El marido era director de una empresa de marketing y por ello entendí que tuvieran un despacho

en el que se respiraba incansables horas de trabajo.

¿Pero los ordenadores? ¿Por qué los dejarían allí?

Decidí llamar a la mujer de la inmobiliaria.

-Hola, buenas tardes, soy Marc Heredia. Acabo de llegar al apartamento que he alquilado hoy mismo y he visto que hay dos ordenadores. Llamaba para saber si a los dueños se les ha podido olvidar llevárselos o vendrán algún día a por ellos.

-Hola, buenas tardes. Sí. Lo siento. Hace tiempo que se marcharon del piso y me dijeron que el próximo inquilino leyera la carta que hay sobre la mesita de noche del dormitorio. –se escuchó una interferencia y me dirigí hacia la terraza- siento mucho no habérselo comunicado antes. Disculpe las molestias.

-No se preocupe. Muchas gracias. Que pase un buen día.

Colgué y me dirigí hacia el dormitorio.

En efecto. Allí había una carta amarillenta en la que yacía escrito: *nuevo inquilino*.

La abrí, intrigado y a puño y letra aparecía escrito:

Querido nuevo propietario del apartamento:

Nunca pensó que recibiría una carta de los antiguos propietarios, ¿verdad? No creo que haya más gente como nosotros.

Se preguntará por qué y ahora mismo obtendrá la respuesta.

Después de hacer las maletas y despedirnos del piso, dijimos claramente a la chica de la inmobiliaria que sólo queríamos que fuera alquilado a una pareja o soltero/a joven y que cuando eso sucediera deberían leer la carta.

El motivo es que no queremos que el apartamento lo compre un señor mayor y cascarrabias, ni una pareja anciana que discute a diario, ni mucho menos una familia con niños correteando de un lado a otro.

Este apartamento, querido lector-inquilino, es para enamorados.

Si tiene pareja y se ha ido a vivir con ella a este apartamento, por favor, el día que por mala suerte su relación no funcione, abandonadlo. Marchaos los dos del apartamento porque queremos que se conserve la

energía que transmite.

No es una obligación, pero para nosotros este piso ha sido todo. Puede que piense que es una tontería, que es solo un apartamento, pero créeme cuando le digo que no lo es. Nosotros también recibimos una carta cuando lo alquilamos y nos quedamos, seguro, que con la misma cara que tiene usted ahora mismo.

Ya estábamos enamorados el uno del otro cuando nos instalamos. Pero nunca supimos todo lo que faltaba aún por enamorarnos. No nos hemos marchado porque hayamos dejado de querernos, si no que estamos esperando que nazcan dos niños y no podemos quedarnos en el apartamento.

PD: Justo debajo está la mejor cafetería de la zona: BooksN'Coffee. En ella, seguro, que terminará enamorándose aún más.

PD2: Todo, absolutamente todo lo que hay en el apartamento acaba de pasar a ser propiedad suya.

La leí una y otra vez.

Tenían un aprecio al apartamento que por un momento se me hizo más grande de lo que era. ¿Estaría a la altura? Pensé que era una tontería, pero después de haber leído esa carta no pude pensarlo por mucho más tiempo. Sentía que debía respetarlo.

Doblé la carta y la metí en el sobre. Abrí el cajón y la guardé allí dentro. Después miré el reloj y me sorprendí ya que debía estar en la cafetería hacía unos minutos.

Salí del apartamento sin quitarme de la cabeza esa carta y me dirigí hacia mi puesto de trabajo.

Al ser el jefe podía hacer lo que quisiera. Pero yo no podía estar de brazos cruzados, así que unas veces atendía en la cafetería junto a Paolo y otras, que era lo que realmente hacía, atendía a las personas que entraban.

El BooksN'Coffee había sido siempre muy visitado y pocas veces te encontrabas la cafetería vacía. Ni en el cierre.

Mientras ordenaba unos papeles sobre un nuevo menú que incluía además del café de siempre, otros tipos y algo de comida, sonó la campana que avisaba de la entrada de un cliente.

-Buenos tardes cielo –la voz de Anabel me sorprendió.
-¡Hola! ¿Cómo estás? –rodeé el mostrador para saludarla.
-Hoy que es miércoles y libro, estoy como una rosa. –dijo, con una amable sonrisa.
Siempre estás como una rosa.

Se sonrojó.

-Una ya está mayor, querido. Por cierto... -me miró frunciendo el ceño-
¿es cierto que te has ido a vivir al apartamento de arriba?

Asentí.

-Me ha llamado tu padre y me lo ha contado. Estaba un poco triste pero no sé, le notaba raro, ¿le ha pasado algo últimamente?

Me reí y volví al mostrador.

-¿Qué crees que le ha podido pasar? –le pregunté.

Anabel se acercó a donde yo estaba y se apoyó en el mueble.

-Algo bueno seguro.

Quise reírme pero de imaginármelo con la asistenta me revolvió el estómago.

-¿Ha encontrado una mujer? –dijo inmediatamente. Tan deprisa que me sorprendió al no esperármelo.

-Se podría decir que sí.

No quise hablar más del tema y llamé a Paolo para que la invitara a un café. Fue un poco como deshacerme de ella pero sutilmente. La adoraba y la quería como si fuese de la familia, pero cuando sentía que entraba en terreno personal la conversación y me incomodaba, prefería cortar por lo sano.

De vez en cuando la gente entraba y salía. Compraban libros, encargaban leerlos por unos días o me preguntaban si teníamos café para llevar.

Idea que apunté en la *lista de cosas para mejorar el negocio*.

Miré el gran reloj que había colgado en la pared y vi que eran las 19:10. Hasta las 00:00 el BooksN'Coffee no cerraba sus puertas por lo que me planteé seriamente contratar a alguien.

Paolo llevaba conmigo en la cafetería desde que la heredé de mi madre. Era amigo de la infancia pero desde que trabajábamos juntos no teníamos

mayor trato que el que teníamos en BooksN'Coffee. De vez en cuando, en el cierre, nos permitíamos el lujo de tomar algo y descansar.

Fue por ese recuerdo y saber que el cierre era muy tarde, que pensé en contratar a alguien para repartir los turnos. Al menos a tres personas. Dos, ayudando a Paolo y una en el mostrador.

Lo apunté a la lista de cosas para mejorar el negocio.

De repente la campana volvió a sonar.

-Buenas tardes. Venía a tomar un Caramel Machiatto.

No me imaginé ver a Carla a escasos metros de mí, con un vestido blanco corto y su pelo largo suelto y colocado hacia un lado.

Quise decir tantas cosas, que no salió ninguna.

Se acercó sonriente y se apoyó en el mostrador mirándome fijamente.

-Hola –dijo, sin dejar de sonreír.

-Hola –respondí, por fin.

-¿Estás muy ocupado?

-Un poco pero, enseguida acabo.

En realidad si estaba ocupado y no pensaba acabar pronto. Tenía que llamar a varias empresas para encargar el nuevo menú, colgar un anuncio para conseguir trabajadores, tenía que archivar bastante papeleo y sobre todo, atender al personal que entraba a la cafetería.

De repente apareció Anabel detrás de mí.

-Marc, es mi turno. Puedes irte.

Me giré y la vi mirándome como si no pasara nada. Como si ella fuera realmente quien trabajaba allí.

La sonreí de oreja a oreja y la di un beso en la mejilla.

-Gracias –le susurré al oído.

-¡Vamos, vamos! –Dijo, mientras me empujaba cariñosamente para quitarme de en medio.

Me acerqué a Carla que miraba la escena riéndose.

-¿Caramel Machiatto? –la pregunté, casi en un susurro.

-Hoy me encantaría un Anochecer en el mar.

Le pedí que me esperara un momento y subí al apartamento, cogí una toalla grande de playa y bajé. Ella se encontraba charlando animadamente con Anabel. Me detuve bajo el marco de la puerta que conducía a mi apartamento y la observé detenidamente.

Reía tímida cuando Anabel bromeaba. Era una mujer muy cariñosa y le daba igual si acababa o no de conocer a la persona.

Carla no estaba incómoda y me gustó ver cómo se comportaba con una persona tan cercana a mí como era Anabel.

-¿Te pasa algo? –preguntó Carla, mirándome con el ceño fruncido.

-No, sólo observaba. –concluí, sin evitar sonreír.

Más o menos, en unos diez minutos, nos encontrábamos sentados en la toalla mirando el mar.

Carla jugueteaba con sus pies descalzos en la arena y yo simplemente me limitaba a observarlos. Sonreía de vez en cuando y disfruté de un silencio agradable.

-Pensé que no volvería a verte, ¿sabes? No me diste tu número...

-Tampoco me lo pediste. –me interrumpió.

-Tú tampoco a mí.

-En cierto modo, tampoco es un problema.

-Si lo es. –insistí.

-Es bonito así.

Me quedé callado y volví la vista hacia el sol que comenzaba a esconderse tras unas montañas.

La observé y vi que contemplaba el anochecer, emocionada. Sus ojos parecían que brillaban más de lo normal y tenía una sonrisa dibujada en su rostro que me contagió.

No quise decir nada. Disfrutaba del silencio y de un hermoso paisaje que ocurría todos los días pero era difícil encontrar el momento y la persona correcta con quien compartirlo.

El color que desprendía el sol pasó de amarillo a naranja y después a un rosa que tintó el cielo y las nubes.

-Adoro estos pequeños detalles. ¿Tú no? La maravilla de poder contemplar algo así. Imagínate que no tuvieras la capacidad de hacerlo. Me duele pensar que haya alguien que no pueda contemplar lo que tú y yo ahora

mismo acabamos de ver.

La escuché atentamente. Cada palabra que salía de su boca para mí, era poema. Tan bella por fuera, como por dentro –me estaba demostrando- y no podía evitar sentir que quería ver con ella todos los anocheceres, hasta el último.

Capítulo 6

Marc Heredia

Cuando el sol desapareció completamente y la luna era la que ahora iluminaba, extendimos la toalla y nos tumbamos.

-Tengo ganas de saber más sobre ti. –dijo en voz baja como si no quisiera que nadie más nos escuchara.

-¿Qué quieres saber?

Había multitud de estrellas en el cielo y hoy la luna, era más grande. Todo estaba siendo perfecto.

-¿Crees en la vida después de la muerte? –preguntó, tras varios minutos en silencio.

-La verdad es que sí. Creo en la reencarnación.

-¿Eres católico? –me preguntó, casi de carrerilla.

-No. No creo en la religión.

-Yo tampoco –añadió-. ¿Por qué crees en la reencarnación?

-¿Alguna vez no has ido caminando por la calle, te has cruzado con una persona y te ha parecido familiar, pero no la conocías de nada?

Hubo un silencio, hasta que su voz lo rompió.

-Ahora que lo pienso, sí. Me ha sucedido alguna que otra vez.

-Creo que todos hemos vivido una vida anterior. Bueno, más de una vida. Puede que esa persona que te haya resultado familiar, lo fuera de verdad en la vida anterior. Pudo ser tu mejor amigo, tu vecino, el panadero, incluso alguien cercano de sangre –hice una pausa- ¿qué te parece?

-Da vértigo.

-Sí. –concluí.

-Siempre he oído que cuando muere alguien, nace un niño. ¿Y si es la misma persona volviendo a la vida? Bueno, a otra vida. A lo mejor eso demostraría tu teoría de que si eso ocurriera, el niño o niña que nace podría llegar a creer conocido a un desconocido solo porque en la otra vida si le conoció.

Le miré asombrado y continuamos observando las múltiples estrellas que decoraban el firmamento. Nunca imaginé que la segunda conversación que mantendríamos sería sobre eso. Pero realmente me acercaba mucho más a ella, abría un camino entre los dos que iba mucho más allá de lo típicamente establecido. Ella no andaba por la vida como si no importara otra cosa que ella y algunas superficialidades. Carla veía más allá de todo, al igual que yo y no me hizo sentir ridículo al hablar sobre ese tipo de

cosas.

-Nunca entenderé al hombre que de los puntos que son las estrellas, viera imágenes y les pusiera nombre. ¿Cómo de esas estrellas... -dijo, elevando el brazo y señalando hacia un conjunto de estrellas en el cielo- ...ha sacado que forma la figura de un arquero?

Me acerqué un poco más a ella y coloqué mi mano sobre la suya que tenía el dedo índice extendido.

-¿Cuál dices? -fingí que no lo sabía, para tener más contacto con ella.

-Esa...

-No... -negué con la cabeza- no sé a cuál te refieres...

Carla comenzó a reírse, algo nerviosa y me cogió de la mano para guiarme exactamente hasta donde ella quería que mirase. El contacto con su piel me puso algo nervioso. Como una casi imperceptible descarga eléctrica que recorría mi cuerpo. Estaba seguro de que ella también lo había sentido.

-¿Lo ves ahora? -me susurró, muy cerca del oído.

Por un momento cerré los ojos al sentir su aliento en mi oreja. Comenzaba a resurgir, con mucha más fuerza, las ganas de besarla. Pero no quería estropear el momento haciéndolo porque no sabía si era lo correcto.

Asentí bajando el brazo y situando mi mano sobre mi vientre. Ella aún me agarraba.

-Es la constelación Sagitario. Ya sabes, el arquero. Posee una de las estrellas más luminosas de la galaxia, la Estrella Pistola. A demás, ¿sabías que más de veinte estrellas de Sagitario, poseen planetas extrasolares?

Me miró sonriente y yo la escuché como si hablara alguien a quien idolatraba. En efecto, no era como las demás. Aún no había sacado el tema de moda, películas de vampiros modernos o de cómo le gustaba perder el día en tiendas de ropa.

-No, la verdad. -contesté. Estaba completamente maravillado escuchándola.

-Cuando era más pequeña, mi tío me llevaba con él a aquella montaña y con un prismático, me mostraba la Nebulosa Trífida y la Nebulosa Omega, que también la llaman Cisne. Es preciosa.

-¿Se pueden ver con los prismáticos?

-Por supuesto.

De repente me soltó pero al instante entrelazó los dedos de su mano con los míos. Parecía que el hueco entre mis dedos estaba especialmente hecho para encajar los suyos.

Nos quedamos de nuevo en silencio. Sentía su mano cálida y fina. No podía existir en este momento, -ni en ningún otro- pensé, algo que fuera mejor que lo que estaba viviendo ahora mismo. Se había atrevido a agarrarme de aquella forma mi mano y eso que tan sólo llevábamos conociéndonos dos días. Pero realmente, qué importaba el tiempo si cuando estábamos juntos nos sentíamos tan bien. Todo fluía y aunque el beso lo aplazáramos, en cierta manera, era lo mejor.

-Lo siento. -dijo, de repente, quitando su mano de la mía.

-¿Por qué?

-No quiero que... bueno...

-Dímelo. -le pedí.

-Apenas nos conocemos. No quiero precipitarme.

-Sólo me has agarrado la mano, Carla. No has hecho nada precipitado.

Continuamos tumbados observando las estrellas y relajándonos con el sonido del mar.

-No he tenido una buena relación sentimental. -se sinceró.

-Ni yo. -añadí.

-El día en la fiesta me comporté de una manera...

-Carla, no importa.

-Pero...

-De verdad. Está bien así, no pienses tanto las cosas.

Carla se quedó en silencio y por un momento llegué a pensar en que pude haberme equivocado con mis palabras. Yo tan sólo quería que no se preocupara en hacer lo que quisiera, que no actuara en base a sus prejuicios. Si quería agarrarme la mano yo no iba a negárselo. No podría ser capaz de negarle nada.

-Respóndeme a una pregunta. -me pidió.

Me reí débilmente.

-Soy todo oídos.

-¿Pensaste que era una chica fácil? -preguntó tan rápidamente que arrastró las palabras. Pero entendí a la perfección la pregunta.

Me di la vuelta, apoyándome con el codo y la observé fijamente. Ella miraba hacia el cielo y noté que sentía vergüenza por haber preguntado aquello.

-¿De verdad me estás preguntando eso?

-Sí.

-Me pareciste una chica con la libertad de hacer lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera. Me encantó todo, Carla. ¿Chica fácil? ¿De verdad? Ninguna chica es fácil, si no libre de hacer lo que le dé la gana.

Apartó su mano y me miró con los ojos abiertos como platos. Tenía la boca entre abierta y sabía que estaba alucinando.

-Venga ya... -se burló de mí. -no existen chicos que piensen así.

-Perdona, estás delante de uno que sí. -respondí, con tono burlón. - ¿Qué te crees, que los conoces a todos para decir eso?

-No... pero es muy difícil encontrar a un chico que piense así.

Se colocó de la misma forma en la que estaba yo, apoyada con el codo y nos encontramos a pocos centímetros el uno del otro.

-Soy una especie en peligro de extinción...

-Lo eres... -susurró.

Sentí ganas de besarla y sabía que ella también, cuando de repente mi teléfono sonó despertándome de aquella fantasía. Me senté y cogí el teléfono.

-Es Jaime. Me ha dejado un mensaje.

Leí en voz alta.

<< Sé que estás en el trabajo. Ha ocurrido algo. Omar me ha llamado y me ha dicho que le han pegado una paliza. Está en el polígono. Cerca de la gasolinera abandonada. Por favor, ven a buscarme y vamos juntos. >> Jaime 21:34

El corazón me dio un vuelco.

<< Voy a por ti. Estoy allí en quince minutos. >> Marc 21:35

Carla se levantó de un salto y corrimos hacia el apartamento. Bajamos al garaje, subimos al coche y conduje hacia la casa de Jaime. Carla en el asiento del copiloto mandaba un mensaje. Supuse que a Marina.

Joder Omar, en qué narices te has metido ahora.

Intenté mantener la calma. Omar siempre estaba metido en problemas pero nunca se había llevado su merecido por ello.

Ahora estaba asustado por desconocer lo que podía encontrarme.

Llegamos a la casa de Jaime y él ya estaba en la acera esperándome. Al ver que Carla estaba en el asiento del copiloto, corrió para subirse a la parte de atrás.

-Me ha vuelto a llamar y dice que le cuesta respirar.

Aceleré y al los diez minutos aproximadamente nos encontrábamos en la gasolinera abandonada.

-¿Dónde está? Vuelve a llamarlo.

Jaime me hizo caso de inmediato y cuando marcó su número, se escuchó una música a lo lejos.

-Por aquí –dijo Carla, dirigiéndose hacia la parte trasera de la gasolinera.

La seguimos y comenzamos a escuchar la música mucho más fuerte. Al asomarnos justo a la parte trasera, vimos el cuerpo de Omar sentado en el suelo. Mantenía apoyada la cabeza y parte de su espalda en la pared.

Corrí hacia él y me acerqué cuidadosamente para evitar hacerle daño con algún movimiento.

-Omar, soy Marc. ¿Puedes oírme?

No respondía. Respiraba pero no parecía que fuera a contestarme. Le tomé el pulso y por suerte tenía.

Cogí el teléfono móvil y marqué el 112.

-Tranquilo, voy a llamar a una ambulancia. –noté como intentaba abrir los ojos pero debido a la hinchazón no lo conseguía.

Por fin me contestaron al otro lado de la línea.

-Hola. Mi amigo está gravemente herido. Respira con dificultad y tiene pulso pero no responde a estímulos. Nos encontramos en la parte trasera de la gasolinera abandonada frente al polígono Marytierra.

-En unos minutos llegará una ambulancia.

Colgué y volví a dirigirme a Omar.

Intentaba abrir nuevamente los ojos pero no podía. Tenía la cara completamente deformada y manchada de sangre. Llevaba una camisa

blanca y parecía roja.

Miré a Carla que tenía las manos en la cara y no soportaba mirar el cuerpo de Omar. Jaime se agachó a mi lado.

-No sé quién ha sido. Habíamos quedado para ir a BooksN'Coffee, para verte.

-Ya no importa eso. Ahora lo importante es llevarle al hospital. ¿Vale?

Me miró con la cara desenchajada por el horror de ver a Omar en ese estado.

A los pocos minutos, vimos unas luces parpadeantes. Carla y Jaime fueron hacia la parte delantera y yo mientras me quedé con Omar.

-Tranquilo. Todo va a estar bien, ya lo verás.

Una pareja de policías apareció y detrás de ellos, dos celadores con la camilla acuestas.

-Necesito que se eche a un lado, por favor. -dijo el que iba primero.

Colocaron la camilla al lado del cuerpo de Omar y le subieron a ella lo más cuidadosamente que pudieron. Él se quejó y yo comenzaba a ponerme de los nervios.

Mientras se lo llevaban, el policía se acercó a mí.

-Acompáñenos, por favor.

Asentí y les seguí. Cuando llegamos a la parte delantera había una cantidad de luces azules, rojas y amarillas que me cegaron por un instante. Parpadeaban tanto que incluso llegaban a marear.

Vi a Carla que hablaba con dos policías y más alejado estaba Jaime, algo alterado contestando a preguntas que un policía iba anotando en una libreta.

A mí me llevaron cerca del coche patrulla.

-Como comprenderá debemos hacerle unas preguntas.

Asentí. No estaba nervioso. Ni tenso. No tenía nada que ocultar ni nada que decir. No tenía ni la más remota idea de lo que había pasado. Lo único que tenía claro es que como no llevaran de inmediato a Omar al hospital, no era una tontería que terminara muriendo.

Capítulo 7

Carla Requena

Estaba recostada en el pecho de Marc. Respiraba con dificultad aunque ya habían pasado tres días de lo de Omar.

-Hoy ya nos dejan verle. –dije, acariciándole el vientre.
-¿Seguro?

Alcé el rostro y asentí.

-Gracias por estar, no tienes porqué. –me dijo, mientras me acariciaba las puntas de mi pelo.
-Me ofendes. –respondí.

Él sonrió y me besó la sien.

Realmente estar abrazada a él era extraño, pero después de lo que estaba sufriendo creí que era lo más indicado. A demás, en estos temas uno no sabe cómo reaccionar con la persona que lo está pasando mal, por lo que se me ocurrió abrazarlo. Fue inocente, nada de segundas intenciones. Creí que debía hacerlo.

Esa misma tarde quedamos con Marina y Jaime para ir a ver a Omar al hospital.

-No sé si estoy preparada. –me susurró al oído Marina, mientras cruzábamos los pasillos del hospital.

-Tranquila... -le pasé el brazo por la espalda y la acaricié.

Llegamos a la habitación donde Omar se encontraba y una enfermera salió a recibirnos.

-Sois amigos de Omar, ¿verdad?

Todos asentimos.

-Podéis pasar.

Nos sonrió amablemente y se marchó.

Cuando entramos, lo primero que vimos fue una camilla vacía y frente a ella estaba Omar tumbado en otra. La luz blanca era tan potente que todo se veía demasiado claro y lo malo era que veíamos con total detalle las

cicatrices y heridas que Omar tenía en la cara.

Sus ojos estaban morados y aún los tenía un poco cerrados. El labio lo tenía partido y la nariz torcida. Me fijé en que tenía una marca en la mejilla, en ambas, que trazaba una línea hacia sus ojos.

Marc también tuvo que verlo ya que me agarró de la mano muy fuerte.

-Hola colega -dijo Jaime, acercándose a él.

Omar no le respondió. Le miraba sin verle, como si no quisiera hablar.

Marina no pudo soportarlo más y rompió a llorar. No se acercó a Omar, si no que se quedó a mi lado contemplándole y llorando.

Entonces él comenzó a moverse, incómodo. Se intentó levantar pero al no conseguirlo, volvió a tumbarse e hizo una seña a Marina para que se acercara. Ella avanzó hacia él y le abrazó.

-He pasado mucho miedo... -dijo Marina entre sollozos.

Yo miré a Marc. ¿Desde cuándo Omar y Marina habían tenido una relación tan fuerte? ¿De verdad se gustaban? Nunca imaginé que durara más de un día. Pero me sorprendió que Omar la besara la frente, los labios, la mejilla y la calmara. Viniendo de él no me lo esperaba. Puede que le hubiera juzgado mal sin apenas conocerle.

Al rato Omar apartó a Marina delicadamente, pero ella aún seguía junto a él.

-Lo siento chicos, yo... -Omar no pudo seguir. Se llevó la mano a los ojos.
- la he cagado y...
-¿Qué pasó?

Esta vez era la voz de Marc.

Había quedado con Jaime en ir a tu cafetería. Iba andando tranquilamente y frente a mí aparecieron un grupo de chicos. No los hice caso, pero tampoco les evité. No me cambié de acera ni nada por el estilo. Seguí de frente, acercándome más a ellos. Lo que no sabía es que eran los H.A.

Se detuvo. Miré a Marc buscando una explicación a esas siglas.

-¿H.A? -Pregunté, intentando entender algo de la conversación.

-Sí. Los H.A, que así se hacen llamar, es una banda muy peligrosa. Suelen dedicarse al contrabando y a pequeños robos. Pero últimamente se escuchaba que estaban comenzando a... -se miró las manos llenas de heridas. - ahora se dedicaban a... -se le quebraba la voz- tíos he estado a

punto de morir...

Marina volvió a abrazarle.

-Primero uno de ellos me ofreció fuego. Yo no fumo así que le dije que no tenía. Después otro me cogió por detrás de la chaqueta y sentí la punta de una navaja en mi costado.

-¿Estás seguro de que eran los H.A? -Preguntó Jaime.

-Totalmente. Lo ponía claro en los tatuajes de su muñeca. -se llevó una de sus manos a la cabeza y cerró los ojos de dolor- me metieron en uno de sus coches. Es inconfundible. Un Porsche Panamera como el de Miguel.

Entonces todo sucedió muy deprisa.

Marc salió corriendo hacia la puerta, Jaime gritó algo que no entendí y Marina sujetaba a Omar porque quería levantarse.

Quise preguntar qué sucedía pero lo único que pude hacer fue seguir a Jaime que corría detrás de Marc. Llegó un momento en el que comenzó a faltarme el aire pero mis piernas continuaban moviéndose solas.

Salimos del hospital aún sin parar de correr y Marc montó en el coche. Jaime y yo no llegamos a tiempo ya que arrancó nada más subir y se alejó a toda velocidad.

No podía creer lo que acababa de ocurrir. ¿Qué le había pasado?

-Sé hacia dónde va. -dijo Jaime, dejándose caer en un banco.

Yo aún miraba la calle por donde había desaparecido con el coche.

-A casa de Miguel -continué.

Jaime asintió.

-Si vamos andando tardaríamos una hora como mínimo. Ni siquiera tenemos dinero para coger un taxi...

-¿Pero qué es lo que está ocurriendo? -pregunté, mirándole fijamente.-
¿Miguel tiene algo que ver en todo esto?

-Lo único que sé de los H.A es que no hay que andarse con tonterías si les ves. He escuchado muchas historias sobre ellos y ninguna tenía un final feliz, ya sabes... -su tono de voz iba disminuyendo- se han dedicado siempre a mover las drogas y eso. Pero parece que ahora, como ha dicho Omar, han pasado a otro nivel.

-Tenemos que ir a casa de Miguel como sea. Puede que Marc esté en peligro.

Jaime me miró serio y de repente se levantó, como si hubiera tenido una idea. Le seguí y al rato nos encontrábamos en la acera. Estaba haciendo autostop.

-¿Crees que es buena idea? -pregunté, nerviosa.
-¿Acaso tienes otro plan?

Al momento un coche paró. Era una mujer. Subimos y a la media hora ya estábamos en la calle de Miguel. Sentí pánico al saber que mi casa estaba a dos calles.

No quería decirle a Jaime que estaba totalmente aterrorizada. Sentía que mi corazón se me iba a salir del pecho cuando vi el coche de Marc aparcado encima de la acera. Corrí hacia él, pero lógicamente él no estaba en el interior. Jaime ya se encontraba en la puerta de la casa.

-La puerta está abierta... -susurró.

Yo me puse aún más nerviosa. El primero en entrar fue Jaime. Recorrimos a tientas el pasillo que recordaba a la perfección. Ahora parecía ser otro ya que no estaba abarrotado de gente. ¿Tendría Miguel algo que ver?

No oíamos ningún ruido.

Intentaba mantener la respiración normal para evitar que me diera un ataque de ansiedad. Tenía tanto miedo por Marc...

Llegamos al final del pasillo. No estaban ni en la cocina, ni en el salón. No quisimos subir al piso de arriba, por lo que decidimos observar si se podían encontrar en la parte de atrás y así fue. Para nuestra sorpresa, los dos se encontraban charlando en uno de los sofás que Miguel tenía en su patio trasero.

Jaime colocó su mano temblorosa en el manillar pero tardó unos segundos en abrirla. Supuse que no sabía qué hacer. Marc había preferido ir solo a ver a Miguel. ¿Por qué no nos esperó?

Al fin abrió la puerta y bajamos las escaleras dirigiéndonos hacia Marc y Miguel.

-Hola -dijo Miguel, sonriéndonos amablemente.

No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Marc ni siquiera nos miró. Seguía completamente exhausto y parecía que estaba en otro mundo.

-La puerta estaba abierta y creímos que... -intentó decir Jaime, pero Miguel le interrumpió.

-No pasa nada. Está bien. -después se dirigió hacia mí- ¿tú eres?

-Carla Requena. Soy una amiga...

En ese momento Marc alzó la mirada hacia mí y sonrió débilmente. Él estaba completamente destrozado y yo no sabía cómo actuar con él. No sabía que le rondaba por la cabeza. Estaba mucho más afectado que Jaime. No me atrevía a decir que mucho más que Marina ya que él no lo demostraba como ella. Parecía acostumbrado a sufrir las cosas solo, manteniéndolas en su interior como si eso le ayudara a buscar una solución o al menos, anesthesiarse del dolor.

Si los H.A están ahora mismo en la ciudad, hay que andarse con mucho cuidado. -la voz de Miguel, en ese momento, tenía el mismo tono que un agente de policía hablando a sus compañeros antes de enfrentarse a una misión de riesgo.

Por lo que estaba viendo yo era la única que no tenía absolutamente ni idea de quienes eran esas personas.

-Decís que han vuelto a la ciudad. Eso quiere decir que hubo un tiempo en el que no estuvieron aquí, ¿no? -Todos me miraban atentos- ¿Por qué se fueron?

-Bueno... veo que no tienes ni la menor idea de quienes son, ¿verdad?

-dijo Miguel, inclinándose hacia mí.

-Nunca he oído hablar de ellos.

-¿Ni en las noticias? -añadió Jaime, mirándome fijamente y con el ceño fruncido.-¿Tampoco has oído hablarlo a alguien de ellos? ¿No te suenan?

Negué. Me estaba incomodando mucho el hecho de que se estuvieran centrando más en entender porqué no conocía ni había oído hablar de ese grupo, que en explicarme quienes eran. No era el momento de contarles que en mi casa no veíamos la televisión, ni que en efecto, nunca había escuchado nada acerca de los H.A.

-No importa. Puede que la gente no vaya hablándolo por ahí como quien comenta el buen tiempo que hace. -ahora era Marc quien hablaba.- la gente tiene miedo y no querrá sacar el tema. No es un crimen que ella no sepa quiénes son.

Hubo un silencio incómodo. Agradecí su comentario.

-Los H.A solían reunirse en clubs de alterne. Lo formaban más o menos, en sus inicios, unos diez o así. Pero según fue pasando el tiempo, y te hablo del año 1975 más o menos, fueron reclutando a decenas. Al principio sólo se dedicaban al narcotráfico. La trasladaban con sus motos o coches, que solían ser bastantes caros y movían la droga por toda la ciudad. También la prostitución y los robos fue lo más frecuente.

-Voy a por algo de beber. –interrumpió Marc.

Le vi alejarse a grandes zancadas hasta que desapareció en el interior de la casa. Quise ir con él pero decidí que era mejor no hacerlo.

-¿Sabes por qué está así? –pregunté a Miguel.

Me miró de una forma extraña. ¿Qué querían ocultarme? Porque eso es lo que parecía.

-Le ha afectado mucho lo de Omar –respondió Jaime. – como a todos.

Nos mantuvimos en silencio durante unos segundos, hasta que Miguel continuó hablando sobre los H.A.

-Después, parece que cansados de drogas, prostitución y robos, comenzaron a matar.

-Pero nadie mata a alguien porque sí. Como entretenimiento...

-Créeme que es posible...

Bajé la vista hacia mis manos que comenzaban a temblar.

-Hubo tres asesinatos en esta zona y la policía logró arrestarles. Bueno, en cierto modo lograron encerrar a los cabecillas, pero buena parte de los H.A se dispersaron por el país y si alguno de ellos se quedó en la ciudad, tuvo que esconderse muy bien ya que eran los más buscados.

-Y ahora han vuelto...

-Sí y no sé porqué.

Marc volvió a aparecer. En cada mano llevaba una caja de cervezas. Las dejó sobre la mesa, cogió una de ellas y se la bebió casi de un trago.

Estuvimos en casa de Miguel hasta que se terminaron todas las cervezas. No volvimos a hablar del tema de los H.A. Suponía que ya sabía todo lo que tenía que saber sobre ellos. Al menos la policía estaría al corriente si Omar les había dicho que fueron los H.A los que le dieron la paliza. Los tatuajes en la muñeca eran el único símbolo que les diferenciaba de los demás. Pero era realmente imposible mantenerse a salvo ya que ese tipo de tatuajes no se veían a larga distancia.

Al menos esta vez Marc no se marchó en el coche sin nosotros.

-¿Puedo quedarme contigo esta noche? –le pregunté, después de haber dejado a Jaime en su casa.

-Por supuesto. ¿Quieres que pasemos a tu casa a por algo de ropa?

Asentí.

Le pedí a Marc que aparcara un poco apartado de mi casa para que mis padres no sospecharan nada. Si veían que al salir de la casa montaba en un coche con un chico que ellos no conocían, seguro que como mínimo llamaban a la policía.

Llegué a casa, cogí ropa limpia, un cepillo de dientes, un peine y me despedí de mis padres. Les dije que iba a salir con unas amigas de la universidad y que me quedaría en casa de una de ellas a dormir. Aunque no les agradó la idea demasiado, al final optaron por dejarme ir.

Un cúmulo de sensaciones me invadían por completo. Estaba nerviosa y aterrorizada por lo que hoy acababa de vivir, por saber que ahora había un grupo de asesinos en la ciudad que parecía que se encontraban cerca de la zona en la que vivíamos. Y por otro lado me sentí tranquila, segura y emocionada por pasar la noche junto a Marc.

Condujo en silencio hacia su apartamento. De vez en cuando se giraba levemente para observarme.

-Siento mucho haber estado hoy un poco distante contigo... -me dijo, mientras nos acomodábamos en el sofá.

-No te preocupes. -le ofrecí la mejor sonrisa.

-Todo esto me ha superado.

Con su mano buscaba la mía. Me agarró con menos fuerza que en el hospital, pero lo sentí igual.

-¿Viste las marcas que tenía Omar en las mejillas? -alzó su mano y señaló la suya. Con el dedo índice trazó una línea hacia su ojo.

Asentí.

-Es la marca que dejan los H.A en sus víctimas. Suele acabar justo por encima de la ceja.

Me horroricé al imaginarlo.

-Podía haberle pasado a Omar.

Me acerqué mucho más a él y le acaricié el pelo con la mano que tenía libre.

-No hace falta que sigas. De verdad. Por hoy hemos tenido suficiente.

Asintió y sin esperármelo, me abrazó. Sentí que temblaba, aún guardaba

en su interior ese miedo por lo que había ocurrido hoy.

Hundió su mano en mi pelo.

Dormimos abrazados. Él seguía temblando y murmuraba algo en sueños. Yo intentaba tranquilizarle lo mejor que podía hasta que conseguí que durmiera profundamente. Tanto, que ya no sentía tanto dolor o al menos no lo demostraba.